

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 14 DE OCTUBRE DE 1901

Núm. 1.033



LAVANDERA, cuadro de Leopoldo Schmutzler

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea.* - *Marinos. Postales*, por Emilia Pardo Bazán. - *La muñeca*, por Juan Tellez y López. - *Los elegidos. Los desengañados, cuadros del pintor suizo Fernando Holder*, por A. - *El rey de Ofir*, por Eduardo Albarada. - *Ferrocarril funicular del Tibidabo*, por X. - *Nuestros grabados.* - *Noticias de teatros.* - *Problema de ajedrez.* - *Un misterio*, novela ilustrada (continuación). - *El puerto de Montevideo*, por X. - *El mayor hotel del mundo.* - *Cámara fotográfica monstruo*, por P. de Meriel.

Grabados. - *Lavandera*, cuadro de Leopoldo Schmutzler. - Dibujo de Más y Fontdevila que ilustra el artículo titulado *La muñeca.* - *Los elegidos. Los desengañados*, cuadros de Fernando Holder. - *Trabajo interrumpido*, cuadro de José María Tamburini. - *Paisaje*, cuadro de José Masriera. - *Barcelona. Ferrocarril funicular del Tibidabo*, nueve vistas fotográficas. - *El bardo*, cuadro de G. E. Robertson. - *Nuestro destino*, grupo en yeso de Renato de Saint-Marceaux. - *Provocación*, cuadro de Noé Bordignon. - *La siesta*, cuadro de Alejo Harlamoff. - *Retratos de los ingenieros D. Carlos Pellegrini y D. Adolfo Guervard.* - *Croquis del puerto de Montevideo.* - *Cámara fotográfica monstruo.* - *Inauguración del monumento erigido en el Callao (Perú) a la memoria del general D. José de San Martín.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MARINOS. - POSTALES

No he conocido nunca planteado con tal desnudez el arduo problema social, como en este pleito de los aparejos de pesca en las rías gallegas, pleito que ha obligado a un ministro español a salir de la profesional apoteosis de los ministros, y venirse acá con todo el tren a ver si lo remienda.

Siempre es de buen efecto que los ministros se muevan y se tomen el trabajo de mirar las cosas por sus propios ojos, recibiendo directamente - lo directamente posible - el hálito de la realidad; pero hecha esta declaración obvia y sencilla, añado que, en el pellejo del señor duque de Veragua, el estadista más ducho había de verse apurado para encontrar a la cuestión del *xeito* y la *traña* compostura que no sea una mala soldadura, de esas de estaño, que saltan pronto. A Cristóbal Colón en persona, tronco de la casa ducal, quisiera yo en la ría de Arosa concertando a traineros y jeiteros. En sus tiempos, Colón no se andaría con chiquitas: apelaría a los recursos que le sirvieron siempre para acallar sediciones: con ahorcar a los cabezas de motín, y a los restantes echarles bonitamente unos grillos, cátese a la ría transformada en balsa de aceite. Sólo que los tiempos varían... y hoy ese sistema va desacreditándose.

* *

El problema es tremendo y peliagudo. Las dos partes, si se las oye, parecen tener razón. Libreme Dios de dársela a ninguna de ellas. Para eso no soy ni ministro de Marina, ni hombre de Estado, ni alcalde, ni gobernador, ni diputado, ni fomentador, ni cosa que lo valga. Todas estas entidades que acabo de nombrar se ven en calzas prietas ante la insoluble cuestión. Los traineros invocan la ley, los jeiteros el hambre de miles de familias pobres, que vivían del mar, privadas del medio de subsistencia. Y aquí está el conflicto, el terrible conflicto, que no hago sino referir y que tiene a la ría en constante ebullición tormentosa.

Conociendo como conozco el carácter de mis paisanos, no me hubiese sido difícil augurar que aquí el peligro revolucionario va unido a las cuestiones económicas. No es avaro el gallego: en este concepto, la fama se pasa de injusta; no es ni avaro, ni ahorrador, ni negociante: dadle el pan de cada día - y ración bien frugal, bien escasa - y se contenta, permanece pasivo; no sueña en mejorar de fortuna, ni en cambiar de estado. Pero aquel mendrugo diario no se lo quiteis, ó lo empujaréis a las resoluciones extremas. La apatía misma de su carácter le conduce a mirar como único bien la estabilidad, la seguridad del mohoso mendrugo, la certidumbre del *caldo* a su hora. De ahí, no de espíritu aventurero ó de sed de riquezas, nace la emigración. Que el gallego tenga lo suficiente para no faltar de necesidad, él y su mujer y sus hijos, y ni le cruzará por las mientes la idea de desarraigarse del terruño. Que el pescador de las rías pueda vender su sardina, y no pedirá nunca mejoras, ni comodidades, ni gollerías con las cuales no cuenta.

* *

Claro es que al peligrar el sustento, se acabó la pasividad. Las Rías Bajas han sido teatro de escenas pavorosas, y quizás cuando esto escribo haya vuelto a correr la sangre. Es una lucha social, rara y curio-

sa por su carácter marítimo. Millares de embarcaciones jeiteras se reúnen para dar caza a una traínera. El mar se cubre de botes y lanchas: ¡Es pintoresco! A fin de asegurar el orden se piensa enviar un buque de guerra a aquellas aguas. Los pescadores renuevan ahora un espectáculo que acaso en los siglos x y xvi se dió para rechazar a corsarios normandos, piratas ingleses y tunecinos, y otros enemigos que asolaban las costas. Y repito que no bastará asegurar el orden en lo externo: mientras el problema no se apure, y no se arbitre medio de restablecer la armonía en los hogares y en los corazones, renacerán de los pedazos cortados de la hidra furores y airadas represalias.

* *

Y cuándo se darán cuenta los gobiernos, el *gobierno* siempre igual, mande quien mande, de que estas cuestiones deben estudiarse en los períodos de calma y paz, no esperando a que adquieran lo único que aquí por lo visto preocupa: carácter de motín? Si aquí se supiese gobernar, el poder sería tolerante, amplio, previsor, paternal, blando con exceso, en los períodos normales, que son ó deben ser los más frecuentes; y severo, firme, inflexible, en los anormales. ¡Suele hacerse todo lo contrario! La agitación de las conciencias le preocuparía más que el molinete de los brazos disparando peladillas de arroyo. Evitaría el desorden antes de que se produjese; atacaría el mal en sus causas. Como los buenos médicos, preferiría la higiene a las drogas, la precaución a los remedios heroicos *in extremis*. La autoridad debe quedar triunfante; sólo que la autoridad debe tener razón.

Predomina otro criterio. Mientras no arde ninguna casa, ni suenan disparos y gritos, el poder, trepándose voluptuosamente en la poltrona, dormita con el gato en el regazo (supongamos que el *gato* es la guardia civil). Se arma la bronca; retumban los truenos..., y entonces se piensa en Santa Bárbara y se reza el Trisagio y se enciende la vela bendita...

* *

¿Os gustan las tarjetas postales ilustradas? Si tenéis menos de veinticinco años, de seguro respondéis que sí; que con pasión. Una de las pequeñas manías de la vida contemporánea es esta de las tarjetas. Ha venido de pronto; hace cuatro ó cinco años (en España al menos), nadie pensaba en enviar a nadie cartulinas con vistas ó retratos de celebridades; en ninguna tienda se encontraban tampoco. Duraba por entonces, en la gente joven, la moda de los sellos coleccionados, y los que recibimos correo de las cinco partes del mundo teníamos la preocupación de recortar y guardar sellitos que nos pedían con empeño las mamás para los chicos y los hermanos mayores para los menores. Las tarjetas postales andaban tan desatendidas, que los carteros aun cometían el abuso de cobrarlas como cartas; el público ignoraba que debían repartirse gratis. Casi nadie escribía en tarjeta postal, allá cuando eran baratas. Desde que se han convertido en un artículo de lujo, en un juguete bonito, nos inundan. Sería curioso saber lo que se gasta al año en tarjetas postales en el mundo entero.

Lo mismo que la manía de los sellos, la de las postales ilustradas tiene sus ventajas, que debemos proclamar. Los sellos enseñaban su mijita de geografía y familiarizaba a los niños con las caras de reyes y presidentes. Las postales ilustradas dan a conocer sitios, monumentos, costumbres, obras de arte; *ilustran*, de un modo superficial, fácil y cómodo; y hasta - publicando las *Doloras* de Campoamor, por ejemplo - favorecen a las letras y despiertan la afición a la poesía. Lo malo es que entre las postales, el telégrafo y el teléfono, la carta se muere, la carta desaparece, la carta pasa a ser un recuerdo histórico, un cachivache de antaño, y la generación nueva acabará por no saber cómo se redacta una carta, pues ha prescindido completamente de ese medio de relación.

* *

En efecto, lo que seduce en las postales ilustradas al mayor número de corresponsales, es principalmente que no hay que redactarlas; que no piden ingenio, ni cortesía, ni gracia, ni afecto; que la sequedad, la brevedad, la impersonalidad del estilo, las caracterizan. No hay que romperse la cabeza: la estampita es el asunto: lo escrito nada importa: y ya, si lo reemplazan los versos de Campoamor, se llega al ideal de decirlo todo por boca ajena, y con una firma y un sello de cinco céntimos, tan campantes.

La postal ilustrada representa, en correspondencia, el espíritu yanqui: la concisión y el ahorro de tiempo y de sensibilidad. Un álgebra, un signo: una firma, una abreviatura: he ahí el epistolario moderno.

Y es todo un género literario lo que hace caducar la carta postal ilustrada. Un género literario que encierra obras maestras, como las cartas de la señorita de Lespinane, las de la señorita Ainé, las de la monja portuguesa, por no hablar de las universalmente célebres de la marquesa de Levigné, que es la reina de las *epistolières*. Hoy, la marquesa enviaría a su hija idolatrada las noticias de la corte en postales con vistas de París, sus monumentos, paseos y calles. Porque desde que las postales se han generalizado, se escribe en ellas sin temor, aquel pueril temor de antaño a que los empleados las leyesen. Se llega a más: una amiga mía muy discreta afirma que si se quiere escribir algo reservado, debe hacerse, no en carta cerrada cuidadosamente, sino en tarjeta postal ilustrada; porque a nadie se le ocurre que allí se diga cosa alguna, ni nadie piensa sino en la estampita, en la aleluya, en el mono.

* *

El lujo se ha desarrollado en las postales: las hay que cuestan sumas relativamente crecidas. Y aun no costando mucho, siendo de las módicas, de a diez, quince ó veinticinco céntimos, el chorro de postales representa regular desembolso. Para reunir una mediana colección (de tres a cuatro mil tarjetas), se puede calcular un gasto mínimo de mil quinientas pesetas. Se dirá que el que recibe una postal no tiene ni que pagar al cartero. Verdad es; pero no por eso ahorra un cuarto, pues para recoger tarjetas tiene que sembrarlas pródigamente. El mérito de la postal no consiste en sí misma, sino en la huella de haber pasado por el correo y en los garrapatos de tinta que trae. El bonito grabado ó fototipia que se adquiere en perfecto estado de limpieza, no tiene valor ni se estima mientras no se mancha con la pluma y estropea con el timbre.

Tan cierto es que la tarjeta postal ha matado la carta íntima, que (nótese) ha establecido la costumbre de la comunicación con desconocidos: preferentemente con desconocidos, que se buscan por medio de secos anuncios en los periódicos. «Un corresponsal en Yokohama.» «Un corresponsal en Melbourne.» «Un corresponsal en San Francisco.» Y postal va y postal viene, sin despertar en el alma ni el más insignificante recuerdo ó emoción de amistad, ni siquiera de leve y difusa simpatía. X... escribe a X; mejor dicho, no le escribe: le *postalea*. Tan extraña relación se prolonga meses, años...

He preguntado a los *postalistas*: «En la comunicación de aficionados varones y hembras, ¿no hace a veces de las suyas el niño inmortal?» Y me han respondido: «Es rarísimo. Quizás no se cuenten dos casos en millar de corresponsales.» La aridez de las fórmulas; lo público y abierto de la misiva, son espigas en que desgarran sus alas de pétalos de rosa el Amor. La misma galantería pierde en las tarjetas sus derechos. Los padres que tienen hijas pueden ver con tranquilidad la llegada cotidiana de las ocho ó diez estampitas negras ó de colores. Probablemente no contendrán sino cosas tan volcánicas como esta: «Recuerdos a la familia.» «Ahí va la fotografía del Papamoscas de Burgos.» «Aquí llueve mucho.» «A Periquito le vi ayer.»

* *

La ilustración de las postales, en su mayoría, tampoco revela gran esfuerzo de imaginación. Una colección de vistas de Marinada - verbigracia - que acabo de comprar, se limita a una serie de calles modernas, iguales todas. Las postales hechas de *chic* son doblemente insulsas. No pasan, por lo regular, de la altura de las cajas de fósforos: mujeres con ojos más grandes que la boca. ¿Dónde están los que ideaban, componían, dibujaban los países de abanico, maravillas de ingenio y de simbolismo ameno, filosófico y galante? ¿Dónde? Hoy nadie tiene una idea para un remedio. Nadie discurre. Las postales se prestan a derrochar en la ilustración el *esprit* y la travesura, ya que se ha de economizar estrictamente en el texto. Sin embargo son, en su inmensa mayoría, de una vulgaridad que descorazona. Las mejores, las tomadas del natural, que reproducen escenas, tipos, episodios de la vida real, sin otra salsa ni otro adorno: la verdad, el cinematógrafo que sin cesar se desarrolla a nuestra vista...

Y he ahí cómo las postales ilustradas constituyen un nuevo é inesperado triunfo del naturalismo...

EMILIA PARDO BAZÁN.



- Los que se suicidan..., ¿adónde van?

LA MUÑECA

La noticia llegó como una bomba. El marqués salió disparado de casa con la intención de convencerse, creyendo que aquello no podía ser cierto; la marquesa se desmayó; Irene y Lili se acostaron enfermas... ¡No! Aquello no era verdad, no era posible... Y sin embargo, lo era. Carlos, el elegante y distinguido Carlos, el hombre de moda, rico, vizconde, ilustradísimo y al parecer feliz, se había despedido como siempre, la noche anterior, lleno de ilusiones por su próxima boda con Irene..., y á la mañana siguiente se le había encontrado tendido en la cama, inerte, con una pistola en la mano derecha y un papel arrugado en la izquierda. En el papel no decía la causa de su muerte; ni siquiera estaba escrito por él; era una esquela muy pequeña que no decía más que estas palabras: *Te amo yo más*, escritas con una letra muy menuda, muy nerviosa y muy aérea.

Se hicieron mil conjeturas; se echaron á volar las más extrañas hipótesis, pero nadie pudo saber á punto fijo cuál había sido el motivo que había impulsado á un hombre tan mimado de la fortuna á matarse en la semana anterior á su boda.

¿He dicho nadie? ¡Oh! No; alguien lo veía bien claro, demasiado claro... En una de las suntuosas alcobas del palacio, una niña, una mujercita mimada de todos y por todos llamada la *muñeca*, Lili, en una palabra, pasó toda la noche llorando y rezando...

- ¡Perdóname, Dios mío! Perdóname que yo no sabía lo que iba á ocurrir... Si lo hubiera sabido, no le hubiera escrito esa fatal esquela...

¡Oh, sí! Se arrepentía de todo corazón; pero no por el mal causado, sino porque había perdido á Carlos para siempre... Ella quería que Carlos no se

casara con Irene; le quería para sí, para ser su mujer, para adorarle con toda su alma, con toda su vida, con toda la energía de su corazón de quince años... Se había enamorado de él locamente; le amaba con delirio, con frenesí, hasta la idolatría; y ¡ni siquiera había conseguido que él lo supiese, que él se fijara, que él la considerara como algo más que una niña. Algunas veces, al marcharse, la besaba todavía, y ella sentía una rabia sorda, una ira inmensa porque esa era la prueba más palpable de que ni siquiera había parado mientes en que era una mujer, de que la consideraba como todos, como una niña, como la muñeca... Y en medio de su duelo, en medio de su inmensa aflicción que estallaba en sollozos convulsivos y le partía el alma, en medio de aquella pena que la ahogaba, sentía dentro, muy dentro, algo así como deseos de decir á todos: «Ahí tenéis á la *muñeca*; ahí tenéis lo que ha hecho; le amaba, iba á ser de otra, y aunque esta otra es mi hermana, le he dicho: «Te amo yo más;» él ha sido un cobarde, no ha tenido valor para romper con Irene y casarse conmigo, y se ha matado; no es, pues, mío, no lo será nunca..., pero tampoco será de ella.»

¡Qué noche pasó! Su amor propio, como gusano roedor que destroza los pétalos de una rosa, le emponzoñaba el alma, convirtiendo sus virginales diafanidades en las negruras insondables del crimen... Su amor á él tenía que llorar una viudez eterna, una viudez sin las dichas de la esperanza y sin las dulzuras de los recuerdos; su conciencia le hacía sufrir espantosos remordimientos..., que se presentaban ante su alma como terribles visiones... Veía á Carlos, á su adorado Carlos, muerto, ensangrentado, perdido para siempre...; veía á su hermana, á la pobre Irene que tanto la quería, desgraciada para toda la vida; veía á sus padres llorando la desdicha de su hija, muriendo quizás de pesar...; veía su casa, tan alegre el día antes y tan triste hoy... Y todo, todo lo había hecho ella, ella nada más, ella era la criminal que merecía morir en un patíbulo...

Y sintió miedo... Un miedo cerval, horrible, espantoso; no se atrevía á levantar las ropas de la cama y se cubría la cabeza, cerrando los ojos tenazmente; y así y todo creía tener delante la sombra de Carlos, que con la cabeza ensangrentada venía á pedirle cuenta de su conducta; ella le pedía perdón; pero él, implacable y terrible, seguía delante de ella mirándola con los ojos dilatados y rojos, llenos de sangre, de sangre roja y rutilante que pedía justicia...

Mas... ¿qué es ese ruido que oye Lili? ¿Qué es ese ruido que se acerca y se acerca sin cesar? Se oyen pasos, pasos. ¡Dios mío! ¿Será él? Sintió que algo se derrumbaba en su alma, que le faltaba la respiración, que la sangre se helaba en sus venas, que sus nervios se crispaban, que su cerebro estallaba, que su corazón dejaba de latir... Y los pasos se acercaban: se abría la puerta; él se acercaba en la cama... Lili, esperando algo muy espantoso, empezó á rezar el Avemaría, y... oyó la voz de su padre que le decía: «Lili, anda, rica, levántate... Una desgracia no viene nunca sola... Irene se muere.» Y el pobre viejo, llorando á lágrima viva, salió de la habitación.

Lili recobró parte de su tranquilidad; procuró cohonestar su proceder diciéndose que ella no había creído causar un mal tan grande; se vistió y fué á la alcoba de su hermana. Irene deliraba; tenía una fiebre intensísima; el médico hacía de cuando en cuando gestos de impotencia ante la inmensa gravedad de la enferma; la madre lloraba y rezaba en un rincón, y el padre rezaba y lloraba también. La pobre Lili se instaló en la cabecera de Irene é hizo verdaderos prodigios; pasó tres días con tres noches sin separarse de ella, cuidándola con esmero, consolándola en sus ratos de relativa mejoría y siendo la admiración de todos, que estaban emocionadísimos ante la abnegación de aquella chiquilla que tenía para la enferma todas las asiduidades de un amante y todas las ternuras de una madre...

Todo fué inutil. A pesar de los cuidados que se prodigaron á la enferma, á pesar de los esfuerzos inauditos que se hicieron por salvarla, la consulta de médicos que aquella tarde se celebró, pronunció el terrible fallo; «la Medicina - dijeron - nada puede hacer ya; todo debe esperarse de la Religión.»

La agonía se inició al anochecer; vino el Viático con sus solemnidades majestuosas; se le administraron los Sacramentos y murió tranquilamente, como una santa, sin la menor queja; su alma virginal se escapó de aquel hermoso cuerpo en un dulcísimo suspiro; el sacerdote cayó de rodillas y rezó por aquel ángel que subía al cielo sin casi haber pisado la tierra...

Al salir el cura de la casa mortuoria, con el corazón angustiado y deseando respirar el aire libre, se extrañó de que le llamaran. Volvió la cabeza y se encontró con Lili que, sollozando y pálida como la muerte, le dijo:

- Padre..., le tengo que preguntar una cosa...
- Diga usted lo que quiera.
- ¿Cree usted que... Irene, mi hermana, habrá ido al cielo?

El cura no pudo menos de sonreír ante la puerilidad de la pregunta, y emocionado contestó:

- ¡Oh, sí! No me cabe duda; era un ángel; ha muerto como una santa. ¡Dios nos conceda una muerte semejante!
- Ya se marchaba, cuando Lili le detuvo por un brazo, y con una voz solemne y clara, con acentos de amenaza, volvió á preguntarle:

- Los que se suicidan..., ¿adónde van?

El sacerdote se asustó; pensó en la abnegación que aquella niña había demostrado, en el inmenso cariño que parecía profesar á Irene y en la aflicción con que lloraba, y tuvo miedo; creyó firmemente que Lili iba á matarse, y con voz terrorífica que hizo vibrar los nervios de la niña dijo:

- Los que se suicidan son execrados de Dios, malditos por toda la eternidad; van al infierno, al fuego eterno por siempre, por siempre...

Lili corrió á su cuarto; y llorando y sollozando con toda su alma, pero reflejando en sus ojos una alegría satánica y delirante, que daba á su rostro una belleza sobrenatural que debió parecerse á la de Luzbel cuando fué vencido por el Arcángel, y sintiendo estallar su cerebro y su corazón ante la fuerza expansiva de su amor inmenso, exclamó con furia, casi loca, fuera de sí:

- ¡Entonces... no están juntos!

JUAN TÉLLEZ Y LÓPEZ.

(Dibujo de Más y Fontdevila.)

LOS ELEGIDOS. - LOS DESENGAÑADOS

CUADROS DEL PINTOR SUIZO FERNANDO HOLDER

Uno de los artistas contemporáneos más originales es, sin disputa, el pintor suizo Fernando Holder, cuyas obras han sido premiadas con gran medalla de oro en la Exposición de Bellas Artes de Munich de 1897 y en la universal de París de 1900.

Su arte es de tal índole, que hasta ahora sólo ha sido apreciado cual merece por los artistas y los inteligentes aficionados; el gran público no ha entrado todavía en él. Pero á Holder le basta con el aplauso de los primeros, y mientras espera que llegue su tiempo, prosigue imperturbable su camino sin hacer la menor concesión á los gustos del vulgo.

Holder se ha formado casi solo; todo ó casi todo se lo debe á sí mismo y muy poco á las escuelas y Academias. Nació en Gurzelen (cantón de Berna) en 1853 y estudió en Ginebra con Bartolomé Menn, á quien deben su educación muchos artistas insignes y que sabía despertar y desenvolver la individualidad de cada uno de sus alumnos; mostró desde un principio independiente y amante de la soledad, y sus primeros cuadros llamaron desde luego la atención y dieron lugar á grandes discusiones. Su primer triunfo oficial lo obtuvo en el Salón de París de 1887, en donde su lienzo *Luchadores suizos* fué premiado con mención honorífica.

Ha viajado mucho, pero sus viajes nada han influido en su modo de ser artístico ni le han proporcionado asuntos para sus composiciones. Los asuntos los encuentra abstrayéndose, encerrándose dentro de sí mismo y meditando sobre los inagotables temas que la naturaleza y el hombre le ofrecen. Tampoco ha tomado de nadie las leyes de su estilo; son suyas en absoluto, su propio espíritu se las ha dictado.

Ha querido estudiar al hombre físicamente y en su más íntima esencia, y á fuerza de pruebas, de trabajos, de desencantos, deshaciendo lo hecho para volver á comenzar de nuevo, consiguió dar con la expresión más clara, con la forma más simple para exteriorizar sus impresiones.

Sus obras son de una sobriedad sin igual, y sin embargo hay en ellas tal riqueza, tal fuerza de sentimiento, que todas, aun las más insignificantes, tienen carácter monumental, al que contribuyen el vigor y la severidad de cada línea, la frescura y la sencillez de todos los colores. En todas ellas se admiran un ritmo y una poesía que cautivan el ánimo y una verdad que está muy por encima de la realidad vulgar y que, sin embargo, se nos presenta como una necesidad grande y que habla directamente al alma.

Cuando quiere expresar algo especial, lo dice valiéndose de composiciones paralelas en las cuales entran generalmente cinco figuras, apareciendo acentuada la del centro, que se destaca de las demás. Estas figuras todas se parecen, pero sólo en la armonía de la línea y del color, pues en lo demás están individualizadas con la potencia del genio, no por medio de exterioridades, sino por algo que revela lo más hondo de su ser.

Por lo general, únicamente pinta el dolor, la tristeza desesperada, la resignación, el desprendimiento de todo lo mundano; y ello se debe, no sólo á su modo de ser y de sentir, sino que también á las luchas que durante su existencia se ha visto obligado á sostener. Ni siquiera se muestra alegre cuando

compañero, cuando se anuncie el concurso no debe tomar parte en él ningún artista suizo. Los aficionados, los inteligentes y todas las personas imparciales de Suiza esperan, por consiguiente, que el Consejo Federal, procediendo en justicia y teniendo en cuenta el aplauso que de la inmensa mayoría han merecido los frescos existentes, no vacilará en confiarle los que faltan para completar el decorado de la citada sala del Museo Cantonal zuriquense. - A.



LOS ELEGIDOS, cuadro de Fernando Holder

pinta la juventud, ya que siempre nos la presenta orando ó en actitud de asombro ó de sobrecogimiento. Sus paisajes, en medio de su severidad, son más alegres que sus figuras, y se comprende, porque Holder ha encontrado en la naturaleza el amor que en vano buscó entre los hombres; en ellos reproduce la realidad en su esencia, en sus raíces, por decirlo así; y sin apartarse del natural, imprime en sus composiciones un sello de grandiosidad que sorprende.

De lo dicho se desprende fácilmente que Holder ha de ser un pintor muy á propósito para las obras monumentales, y en efecto, son muchas y muy notables las obras que en este género ha producido. Entre ellas citaremos: los veintidós tipos de guerreros suizos que pintó en 1896 para el palacio de la Exposición Cantonal de Ginebra y los frescos decorativos para el Museo Cantonal de Zurich, que obtuvieron el primer premio en el concurso celebrado en 1897. Estas pinturas, cuya ejecución ha dado lugar á reñidas discusiones y ha sido rudamente combatida por los rutinarios, son hoy la admiración de cuantos las contemplan; á pesar de ello, los elementos anticuados del citado museo se aprestan á librar batalla contra Holder cuando llegue el momento de designar al artista que ha de decorar la otra parte de la misma sala en donde aquellos frescos se encuentran, y aun parece que por parte de tales ele-

por la corriente mansa del Ofir, y á las puertas del gran palacio, la guardia judía canturreaba quejumbrosas oraciones.

Un grupo de dignatarios atravesó la gran plaza de Efraim. El rumor de sus sandalias lujosas sonaba como un prolongado siseo; sus largas túnicas, infladas por el aire, asemejaban á las velas de un navío; y el relumbrar de sus joyas cegaba la vista. Iba en aquella procesión de magnates la flor del reino; allí el grave Omar, jefe del rito brahamánico; el prudente Mohavia, caudillo de los ejércitos; el sabio y profundo Barém, intérprete de los sagrados avisos; el dulcísimo Frin, príncipe de los poetas del Asia..., y con ellos y á su sombra todo un séquito deslumbrador de grandes señores, la dorada juventud de aquel reino incomparable, del cual ya dijo el rabino Josué «que era risueño como el amor de una virgen cananea, temible como la ira de Jehová y opulento y grande como el templo de Sión.»

Viendo que se acercaban los magnates, abrió paso la guardia judía, interrumpiendo sus lamentos; el blanco elefante del zaguán entornó los ojos, sintiéndose acariciar por manos sacerdotales, y los esclavos negros, con antorchas, guiaron á las habitaciones del rey.

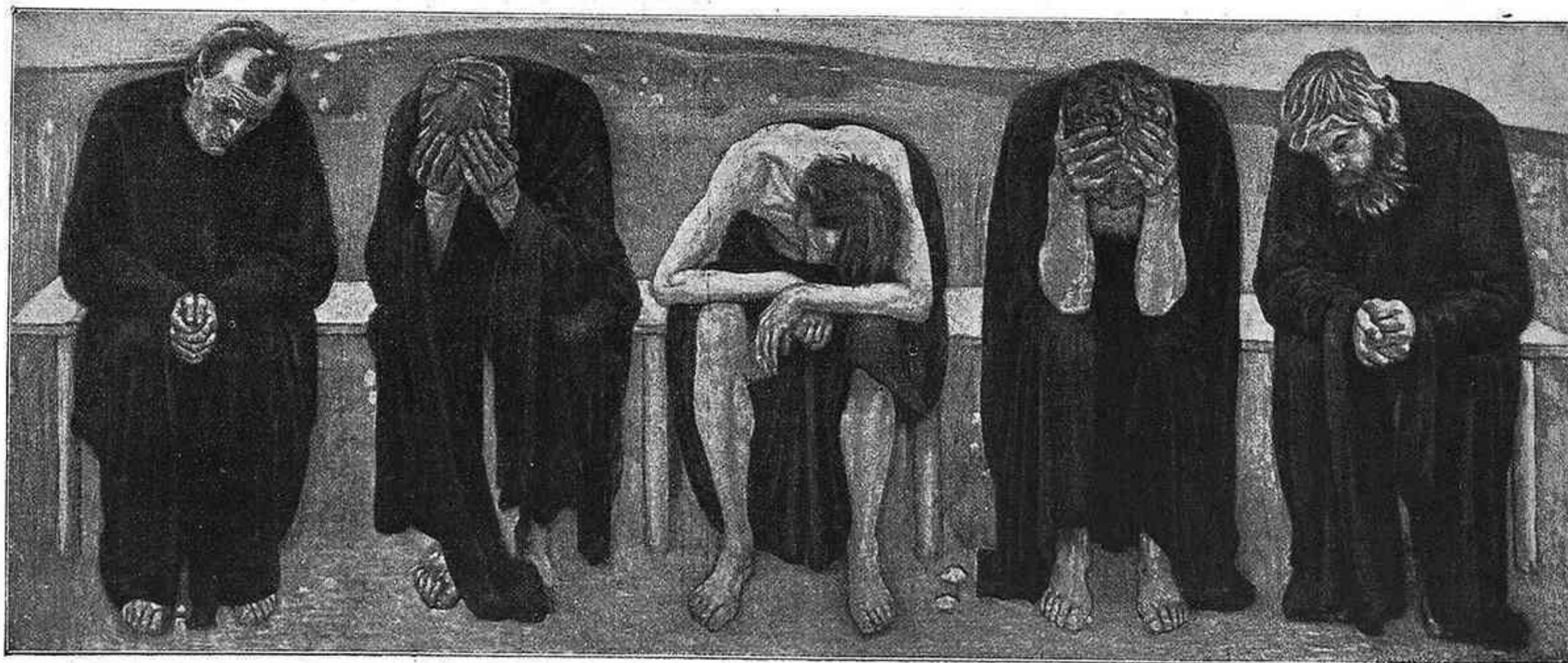
Entre blandos cojines persas, leyendo el *Manú* é inciencado por su griega favorita, el rey Moag entretenía su aburrimiento y sus males.

Era recio y ágil; su rostro, varonil; su hermosa barba negra acusaba robustez y salud; pero su mirar era triste, fatigoso y doliente.

Tras muchas zalemas y luego que el gran sacerdote invocó por tres veces, conforme al rito, la ayuda de Brahma, ocupados los sitiales de oro, el rey pensativo y callados los

consejeros, oyóse el flautín de las grandes ceremonias y un coro de bayaderas penetró en la estancia.

Por las abiertas celosías llegaban, tibias y con desmayo, las auras del sagrado bosque; enlazábanse las bayaderas en un desenfreno de gallardías; por las



LOS DESENGAÑADOS, cuadro de Fernando Holder

mentos se ha dirigido al supremo Consejo Federal una comunicación pidiéndole que prohíba que sea Holder el encargado de tal obra. En cambio, los pintores y escultores paisanos de Holder han publicado un manifiesto en el cual dicen que por respeto á su

mentos se ha dirigido al supremo Consejo Federal una comunicación pidiéndole que prohíba que sea Holder el encargado de tal obra. En cambio, los pintores y escultores paisanos de Holder han publicado un manifiesto en el cual dicen que por respeto á su

mentos se ha dirigido al supremo Consejo Federal una comunicación pidiéndole que prohíba que sea Holder el encargado de tal obra. En cambio, los pintores y escultores paisanos de Holder han publicado un manifiesto en el cual dicen que por respeto á su

morenas espaldas cañales gotitas de sudor, y las sueltas cabelleras ungiditas, desplegadas como las crines de un caballo al galope, sacudían sus óleos aromados.

Terminó la danza sin que el rey diera señales de contento; salió el coro de vírgenes, y entre reverencias é invocaciones el consejo comenzó á deliberar. El rey dijo:

— Grande es mi poder; mi riqueza, envidiada; mi gusto, ley en todo mi reino. Pero ¡ay!, que el príncipe de Nazar es tan poderoso y tan grande como yo. ¿Qué haremos para vencerle?.. Para que mi espíritu repose y vuestro rey sea feliz, precisa que el de Nazar sea desdichado. Ahora dadme parecer.

Cada uno dió consejo. Cual opinaba que urgía mover guerra al príncipe enemigo; cual, que atraerle secretamente á una emboscada y asesinarle; éste, que comprar á los ministros; aquél, que calumniarle ante sus vasallos como enemigo de Brahma...

Quedaba por hablar Frin, el príncipe de los poetas, el cual se levantó y dijo:

— Yo pienso, alto y magnífico señor, que no hay hombre libre de cuidado. Y así soy de parecer, puesto que ese vuestro rival es príncipe joven, que le atacéis alevosamente en el corazón. Tenéis, señor, á la princesa vuestra hija, más hermosa que un lirio de Judea. Enviadla al príncipe para que le captive y le avasalle. Que cuando una mujer bella no lo consiga, yo me iré al destierro y dejaré el paraíso de vuestra corte.

Así fué aceptado por todos, quedando el rey en llamar á su hija la princesa.

II

Era al amanecer. La princesa estaba en el recreo de su jardín. Harta de pasear en el bosque, excitada por el olor de los caneleros, presa de sus mudables antojos, dirigióse al estanque sagrado, con la escolta de esclavas, de sacerdotes y de eunucos.

La canoa real, sujeta por grillos de plata, mecíase al blando vaivén de las aguas transparentes. En su rojo dosel de damasco, bordado con hilos de perlas, veíase el blanco elefante simbólico, y los remeros turcos, de pie, saludaban con sus turbantes de color.

El sol flameaba en el estanque; entre las orillas,

verdes y frondosas, asomaban los cocodrilos sus chatas cabezas, y las palomas torcaces volaban cielo arriba.

Por el camino de Bagdad trotaban los camellos;

mosa princesa tenía cautivo al príncipe en un lugar llamado la *Gruta de las rosas*.

Guiado por el mísero pastor, Moag y su guerrera comitiva anduvieron toda la mañana. Y al mediar



TRABAJO INTERRUMPIDO, cuadro de José M.^a Tamburini. (Salón París.)

una tropa de bandidos árabes, dando alaridos terribles, se replegó hacia los montes de Armenia, y los pescadores de Ofir sacaron al mar sus canoas.

Cuando la princesa entraba en la suya, el más viejo de los fakires llegó demudado. Traía órdenes del rey, y como éstas eran apremiantes, la obediente princesa volvió sobre sus pasos y fué á ver á su padre y señor.

Corta fué la entrevista, puesto que el rey mandaba y era fuerza obedecer. Pero la joven princesa salió pensativa de la estancia. Su turbación era grande. ¿Qué haría para atraer y cautivar al príncipe? ¿Cuál era el *secreto del amor*? Y gallarda y melancólica como una sibila, descendió las escaleras de mármol, barriendo las alfombras con su larga túnica de virgen...

* * *

Al otro día, bien temprano, los habitantes de Ofir inundaron las calles. Una vistosa comitiva atravesó la ciudad entre cantos sacerdotales, música de flautines y relumbrar de joyas y de vestidos. La princesa partía para Nazar; y el elefante blanco, sintiendo en sus lomos el dulce peso de la virgen, hundía su trompa en las flores del camino. Oyóse un rumor de aclamaciones y de vítores; la multitud, de rodillas, besaba el polvo, y los sacerdotes, con ramos de laurel, cantaban las grandezas de Brahma el único.

El rey se encerró en la estancia. Y aquella noche apaciguó su envidia con el más feliz de los ensueños. Veía al príncipe de Nazar, llevado por su hija, como un perro, esclavo, con cadenas, oprimido, sin reino y miserable. Y la gran majestad de Moag *el Poderoso* quedó en espera de emisarios, en tanto que la gallarda princesa, pensativa y llena de anhelos, caminaba por las orillas del Ofir en dirección de Nazar *el Magnífico*.

III

Tres días con sus noches aguardó Moag el aviso. Por fin, un pastor nazareno llegó al real palacio diciendo al rey que se preparase; que ya la hábil y hermosa princesa tenía cautivo al príncipe en un lugar llamado la *Gruta de las rosas*.

Guiado por el mísero pastor, Moag y su guerrera comitiva anduvieron toda la mañana. Y al mediar

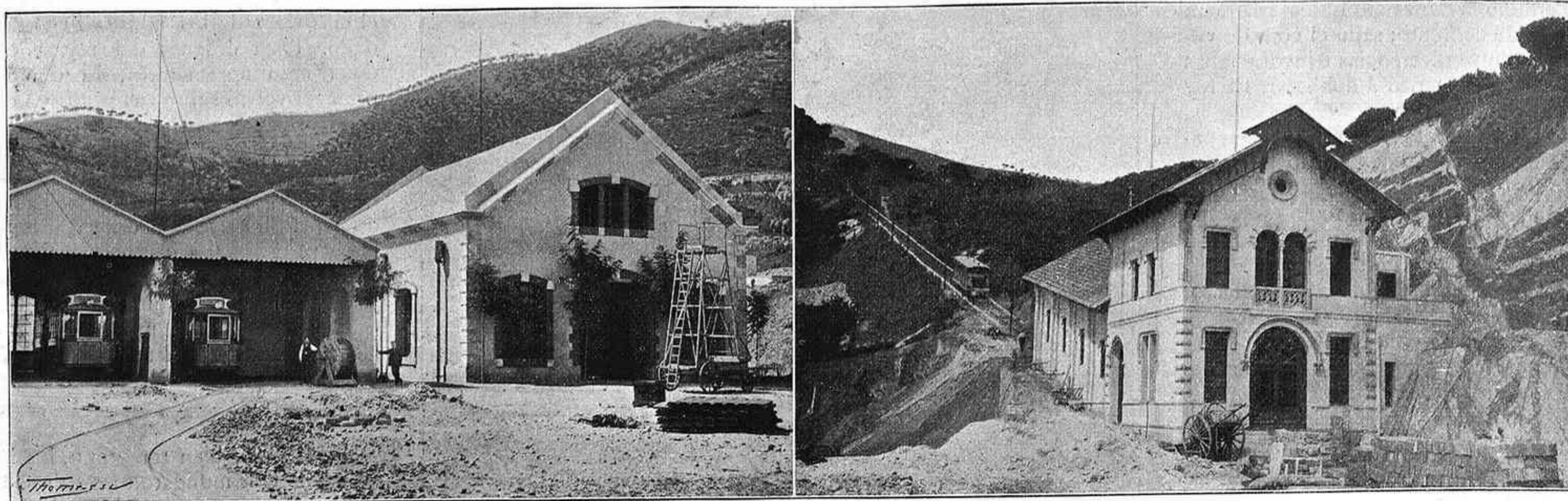


Paisaje, cuadro de José Masriera. (Exposición del Círculo Artístico.)

aquel día memorable, distinguieron la gruta, hecha y como fabricada en lo más espeso de un gran bosque. Era el lugar ameno y apacible; los árboles lo entoldaban del sol; corría el agua por mil cauces, como

Y es fama que el príncipe de los poetas, el dulcísimo Frin, respondió á su señor:
- Una es la gloria de esta vida, y no más que una sola. Tú, señor, gozabas la gloria de tu hija; quisiste

FERROCARRIL FUNICULAR DEL TIBIDABO
Uno de los signos característicos de la vitalidad de las poblaciones es su movimiento de expansión. Bar-



BARCELONA. - FERROCARRIL FUNICULAR DEL TIBIDABO. - Fachada de la estación central y cocheras del tranvía. - Estación inferior del funicular

acequias, bordeados de lirios, y entre las ramas de los cedros se arrullaban las tórtolas.

El rey dejó sus guerreros á distancia, y solo y altivo, temblando de placer ante la idea de ver encadenado á su rival, penetró en la misteriosa gruta.

Allí, tendidos en un lecho de rosas, dormían los príncipes. En sus rostros había tranquilidad, y de cuando en cuando sonreían entre sueños, como dos niños...

Sonó el rey su pequeño caracol, despertaron sobresaltados los jóvenes, y el príncipe, viéndole, se echó á sus plantas y le dijo:

- Alto y poderoso señor: Alegraos, que ya me tengo por vuestro vasallo.

Moag el envidioso respiró con deleite. Y por primera vez sus mejillas pálidas recobraron el color.

Había humillado al rival. Era feliz...

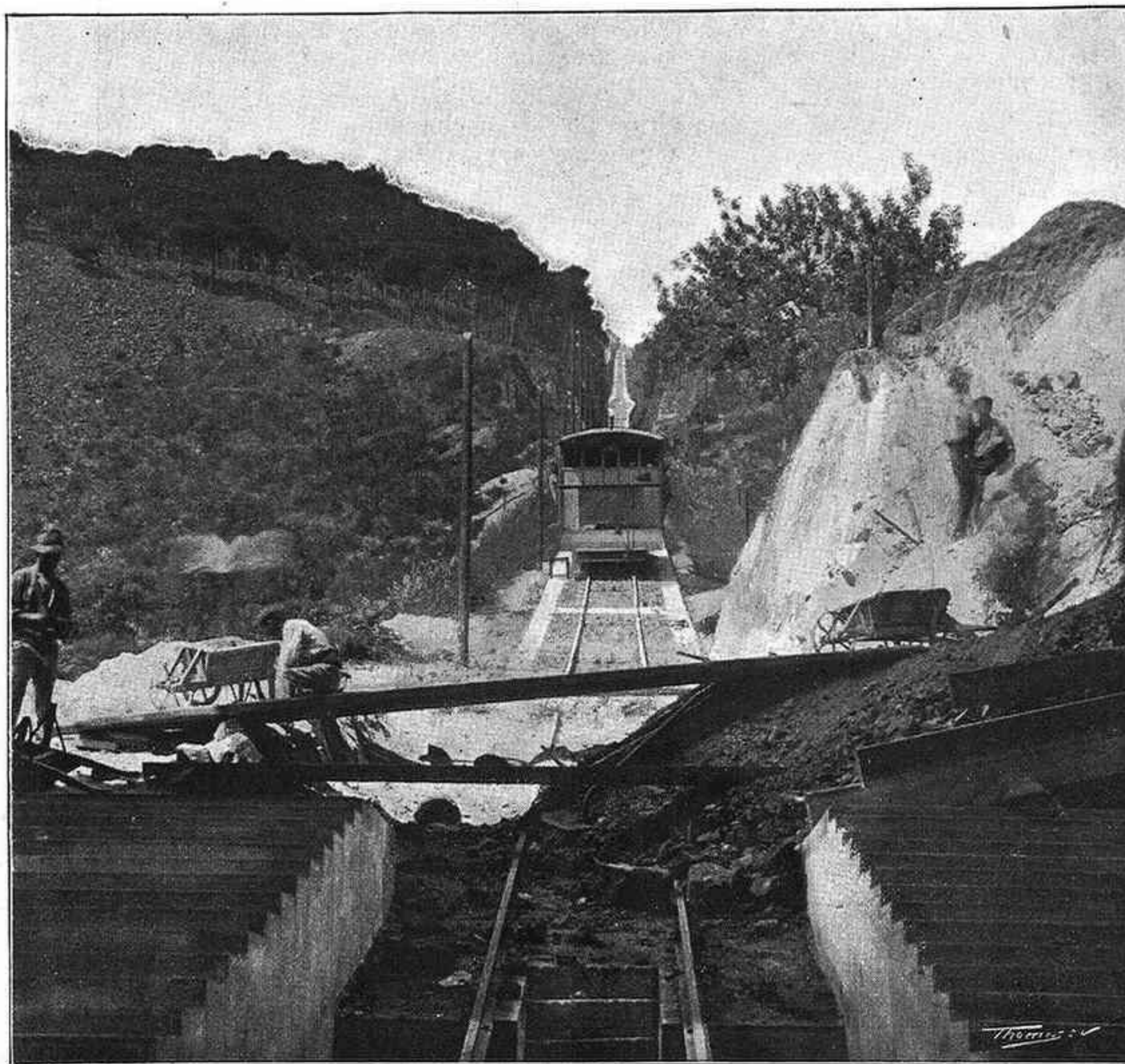
Mas la joven princesa, blanca y llena de turbación, cayó á los pies de su padre.

- Señor, dijo, soy vuestra esclava; disponed de mi trono; pero dejadme ir con el príncipe de Nazar.

Y es fama que al celebrarse las bodas, cuando los reinos ardían en fiestas y el Asia se llenaba de vítores, Moag el envidioso, retirado á su estancia, llamó al príncipe de los poetas, y lleno de pesadumbre le dirigió las siguientes palabras:

- He aquí, miserable, como seguí tu consejo. El

la gloria del vasallaje de Nazar, y has cambiado. Ten presente, alto y magnífico señor, que la gloria es



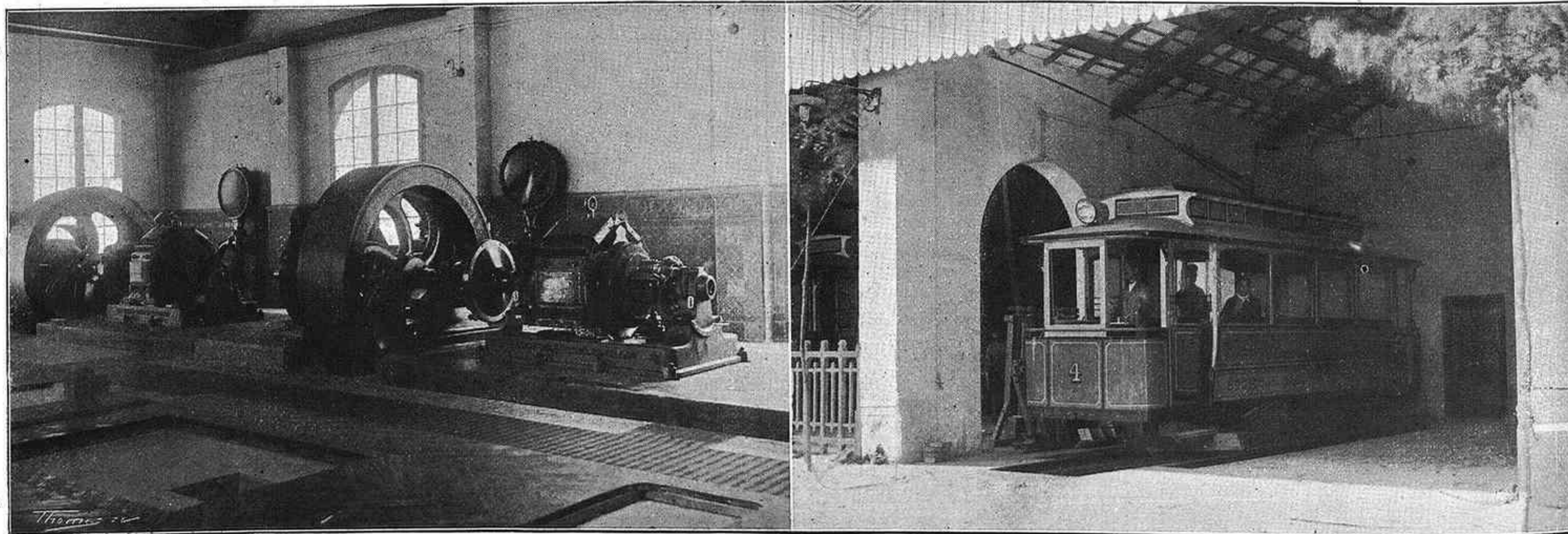
FERROCARRIL FUNICULAR DEL TIBIDABO. - Línea del funicular, vista desde la estación inferior

celona da indudables muestras de su progreso en todos sentidos al desparramarse por el llano conquistando pacíficamente las poblaciones limítrofes y escalando las alturas que la rodean. Muchas de estas últimas han sido ya invadidas por la urbanización creciente; pero la ola se había forzosamente contenido ante la falda del Tibidabo. Sin embargo, esta montaña es la mirada con preferente cariño por los barceloneses. Desde su cumbre, situada á 526 metros sobre el nivel del mar, se divisa el espléndido panorama del Mediterráneo, que se dilata en una extensión grandísima ante los ojos del observador, el cual en los días serenos de invierno puede vislumbrar allá á lo lejos la silueta de las Baleares. El caserío enorme de la capital, ochenta y seis poblaciones esparcidas por el horizonte, las nevadas cúspides del Puigmal y de otros picos de los Pirineos, las agrestes moles de Montserrat y del Montseny, todo forma un conjunto bellissimo que hace considerar como un placer grande llegar hasta esta atalaya famosa de Barcelona.

Faltábanle sólo al Tibidabo medios de comunicación rápidos que le enlazaran con el centro de la capital ó con la red de tranvías que de ella parten, y estos medios los ha establecido la titulada sociedad anónima «El Tibidabo»

única, y es por eso por lo que vale tanto. Si hubiera dos soles, no cantaríamos al sol; si hubiera dos Brahm-

con la construcción de un tranvía eléctrico y de un ferrocarril funicular próximos á inaugurarse.



FERROCARRIL FUNICULAR DEL TIBIDABO. - Vista de los motores y dinamos con el grupo elevador y cuadro de distribución de la central. - Carruaje del tranvía en su cochera

príncipe es mi vasallo; Nazar desde hoy me paga tributos. Pero ¡ay! que yo desde hoy me quedo sin mi hija...

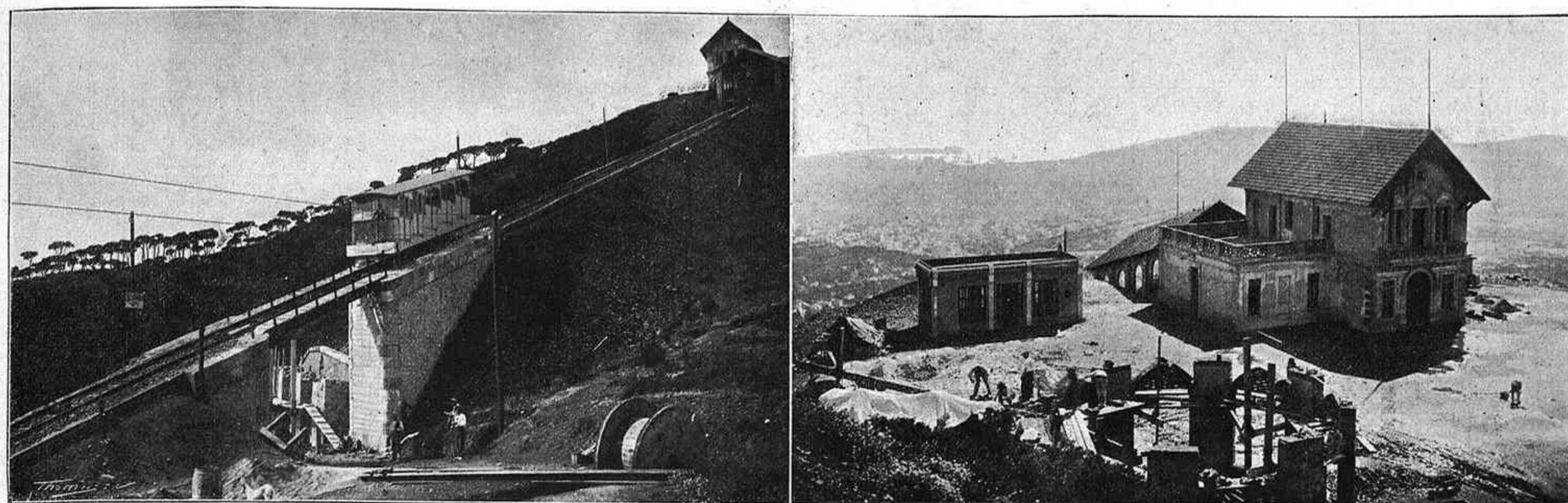
mas, ni tú ni yo adoraríamos al Brahma único, que es principio y es fin... - EDUARDO ALBAREDA.

El tranvía eléctrico, ligado á la red de tranvías de Barcelona, parte no lejos de la ermita de la Bona-

nova, de la carretera de Cornellá á Fogás, y ascendiendo por una línea de pendiente suave, termina en la estación inferior del ferrocarril funicular. Los viajeros han llegado así hasta la altitud de 230 metros; y en este punto pueden tomar el ferrocarril que

La corriente va á parar desde los dinamos á un gran cuadro de distribución, colocado en el fondo de la sala de máquinas. Detrás de este cuadro y en un local especial están los acumuladores á que antes nos hemos referido que, merced á un sistema de re-

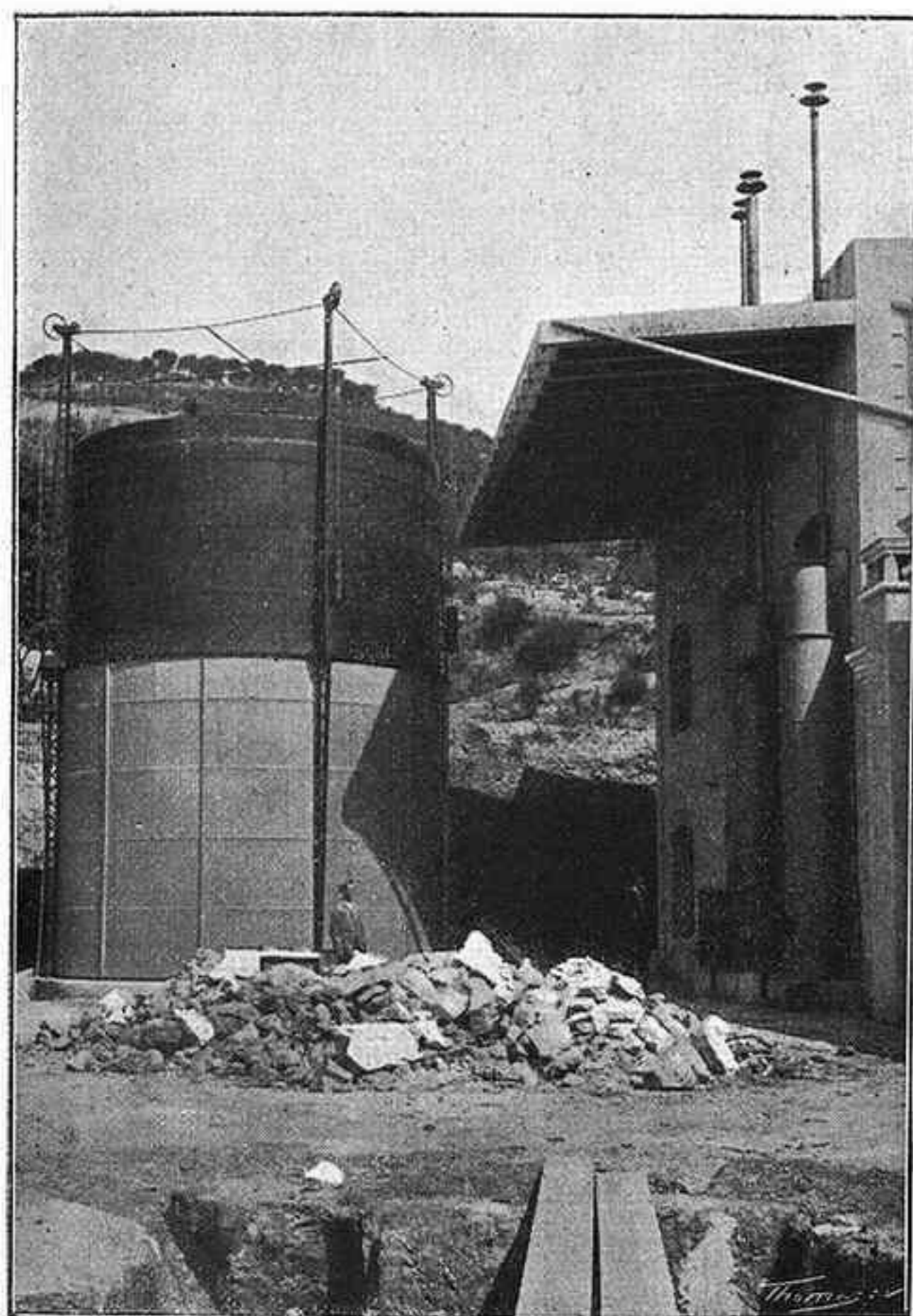
construir un observatorio modelo, para el que reúne aquel sitio condiciones inmejorables. Y los padres de los Talleres Salesianos proyectan erigir en la cima del monte un hermoso templo dedicado al Sagrado Corazón.



FERROCARRIL FUNICULAR DEL TIBIDABO. - Carruaje del funicular en su descenso. - Estación del funicular en la cúspide del Tibidabo

les lleva hasta la cúspide del Tibidabo, por medio de una línea de 1.200 metros de longitud que en su mayor parte tiene una pendiente que se aproxima á 26 por 100.

El ferrocarril funicular, primero de los de su clase



FERROCARRIL FUNICULAR DEL TIBIDABO. - Gasómetro y patio posterior de la estación

que se construye en España, está recorrido por dos carruajes únicos, enlazados por medio de un cable de acero que da varias vueltas sobre una polea motriz situada en la estación superior. Cuando uno de los carruajes se halla en un extremo de la línea, el otro carruaje se encuentra en el opuesto, bastando imprimir á la polea motriz movimiento en sentido conveniente para que descienda uno de los carruajes al propio tiempo que asciende el otro, de un modo parecido á como se verifica para los cubos de un pozo.

A la polea motriz se le da movimiento por medio de un poderoso electromotor instalado en la estación superior. La energía eléctrica necesaria se produce en una estación central, situada en la planta baja de la montaña, y se transmite al ferrocarril y al tranvía eléctrico sirviéndose de cables aéreos.

En la estación central se obtiene la potencia mecánica necesaria por medio de varios generadores de gas pobre ó Dawson. Con este gas se hacen funcionar dos motores Grossley, de 100 caballos cada uno, los cuales á su vez actúan sobre dos dinamos. Además, en la misma central hay instalada una batería de acumuladores que en un momento dado puede desarrollar por sí sola una potencia de 200 caballos, de manera que la central eléctrica puede disponer, si es preciso, de 400 caballos efectivos, habiéndose tomado las disposiciones necesarias para poder duplicar, cuando convenga, toda la instalación.

gulación especial, no sólo sirven de reserva, sino además para almacenar la energía sobrante en ciertos momentos y suministrar la que puede hacer falta en ocasiones de gran consumo. La batería es del sistema Tudor y su capacidad actual de 264 amperios-hora á 500 voltios, estando el local dispuesto para doblarla en cuanto las necesidades del servicio lo exijan.

Anejos á la central hay los almacenes de materiales y el pequeño taller de reparaciones con su correspondiente motor eléctrico.

Todas las instalaciones electro-mecánicas necesarias para el funcionamiento del tranvía eléctrico y del funicular han sido hechas por la sociedad anónima establecida en esta ciudad y denominada «La Industria Eléctrica», de la que es director gerente el ingeniero D. Luis Muntadas, y que tiene la concesión en España de las patentes Thury y demás de la compañía de Ginebra *L' Industrie Electrique*.

La seguridad del funicular es completa. ¿Y si se rompiera el cable?, suele preguntar mucha gente al contemplar la fuerte rampa del funicular. En primer término, debe observarse que el cable está calculado para una resistencia diez veces mayor que la necesaria, y luego no debe olvidarse que está completamente previsto este caso. En el momento mismo en que se rompe el cable, cae un contrapeso por aquél retenido, é instantáneamente obra un freno que para el carruaje después de un recorrido de 50 centímetros. Además, el mismo carruaje puede ser parado por el conductor con la simple acción de dar con el pie sobre una palanca al efecto dispuesta. E igualmente está previsto el caso de que el carruaje adquiriera al descender más velocidad de la debida, pues automáticamente queda parado todo el mecanismo del ferrocarril, y lo mismo sucede si el carruaje no se para á tiempo al penetrar en la estación.

Por lo que rápidamente se acaba de exponer, se comprende la importante mejora de que disfrutará la capital de Cataluña con las vías de comunicación á que nos referimos. La sociedad anónima «El Tibidabo», poseedora de grandes extensiones de terreno en la falda de la montaña, se propone además urbanizar esta zona, con lo cual dicha capital llegará á poseer una barriada hermosísima que por su altitud disfrutará en verano de una temperatura agradable, y por su exposición al Mediodía y al abrigo de los vientos del Norte ha de ser en invierno una estación de no peores condiciones que las que tanto crédito han alcanzado en las costas de Francia é Italia.

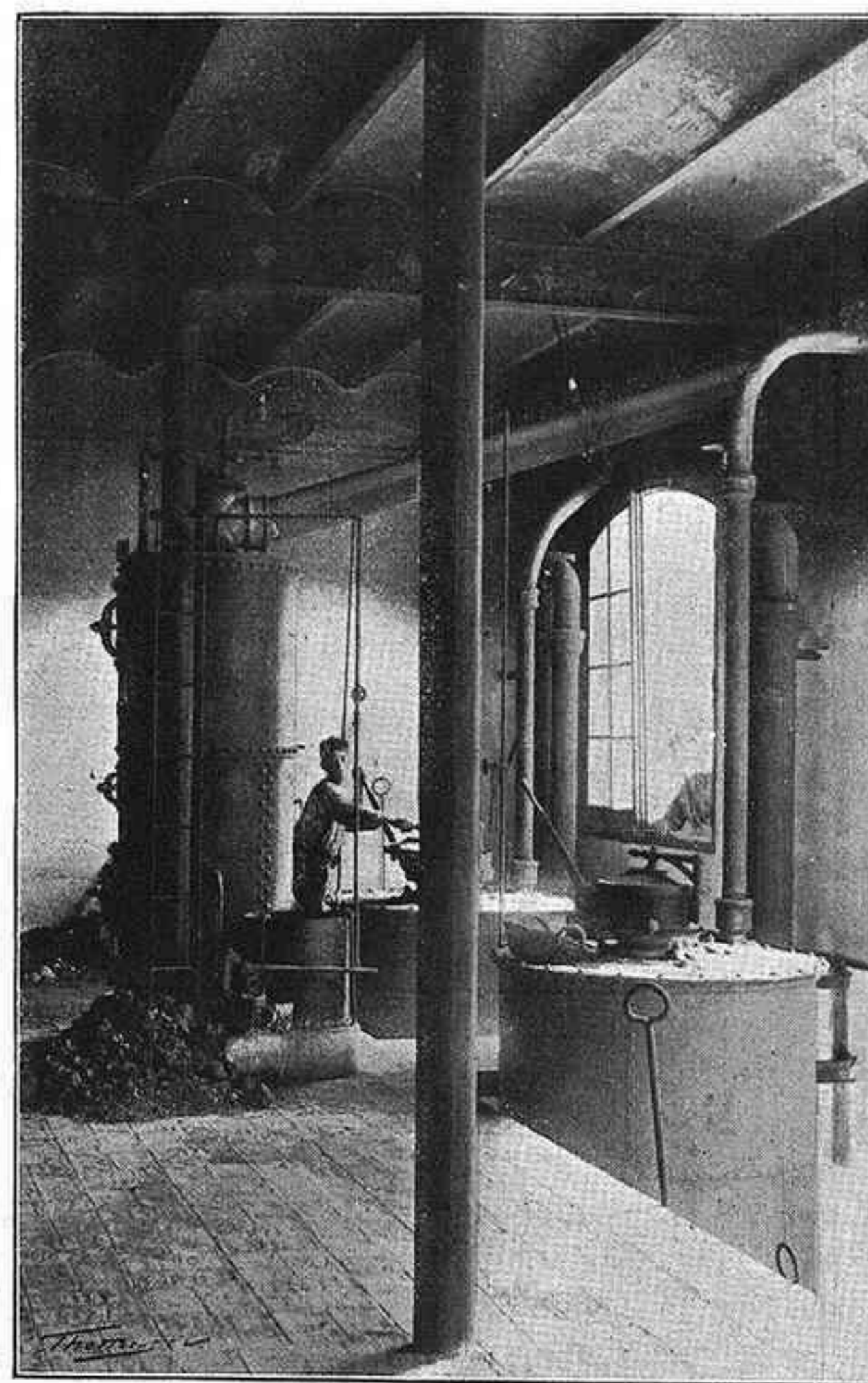
En la actualidad, ya se está construyendo junto á la estación de llegada un grandioso restaurant, núcleo á cuyo alrededor no tardarán seguramente en levantarse numerosos chalets, fondas, pabellones y quintas de recreo, que extendiéndose por las vías y paseos hábilmente trazados, convertirán en hermoso y extenso parque las hasta ahora desnudas vertientes del Tibidabo.

Y no será esto solo lo que en aquella montaña podrá admirarse; no todo será en ella para solaz y esparcimiento; la obra gigantesca que allí se está realizando atenderá también á otros fines no menos levantados que los de proporcionar la salud al cuerpo y el descanso al espíritu. En efecto, la Real Academia de Ciencias de Barcelona ha solicitado ya la concesión de los terrenos necesarios con objeto de

Ocioso nos parece encarecer las ventajas que bajo todos conceptos han de proporcionar á la población barcelonesa el ferrocarril que nos ocupa y la urbanización de la montaña, que ha de ser su consecuencia necesaria é inmediata; pero no podemos resistir á la tentación de reproducir lo que hace poco oímos de labios de una de las personalidades más sabias y más ilustres de nuestra ciudad.

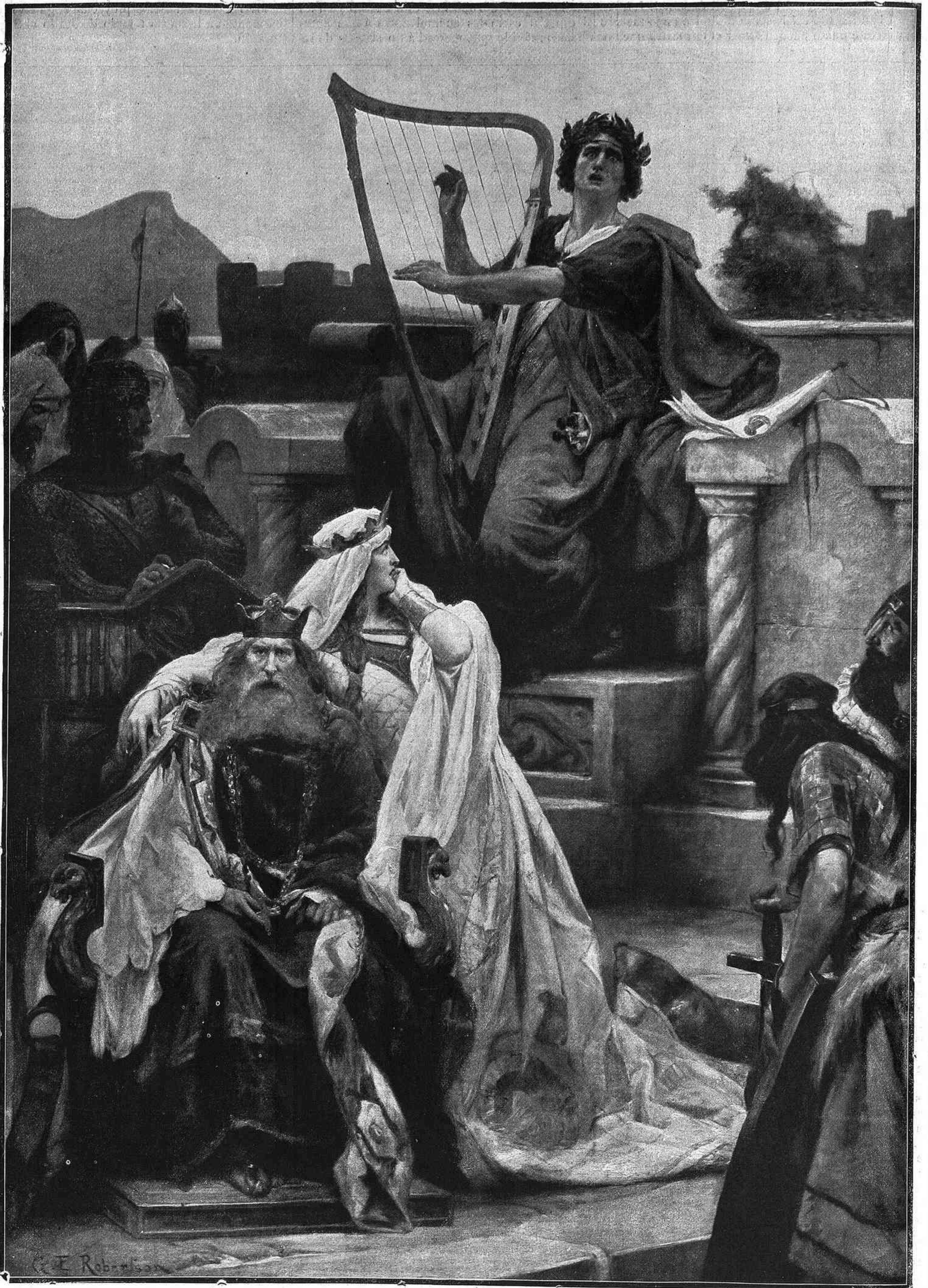
Acababa de subir por el funicular, en uno de los viajes de prueba que se están verificando todos los días, y fijando su vista sobre la capital y principalmente en la nueva plaza de toros, exclamó:

«La obra que aquí se ha realizado es grande, inmensa, no sólo higiénicamente considerada, sino que también desde el punto de vista moral; es, en efecto, una obra eminentemente educativa y moralizadora, porque las paralelas que forman esos rieles matarán aquel círculo que allá abajo se distingue. La

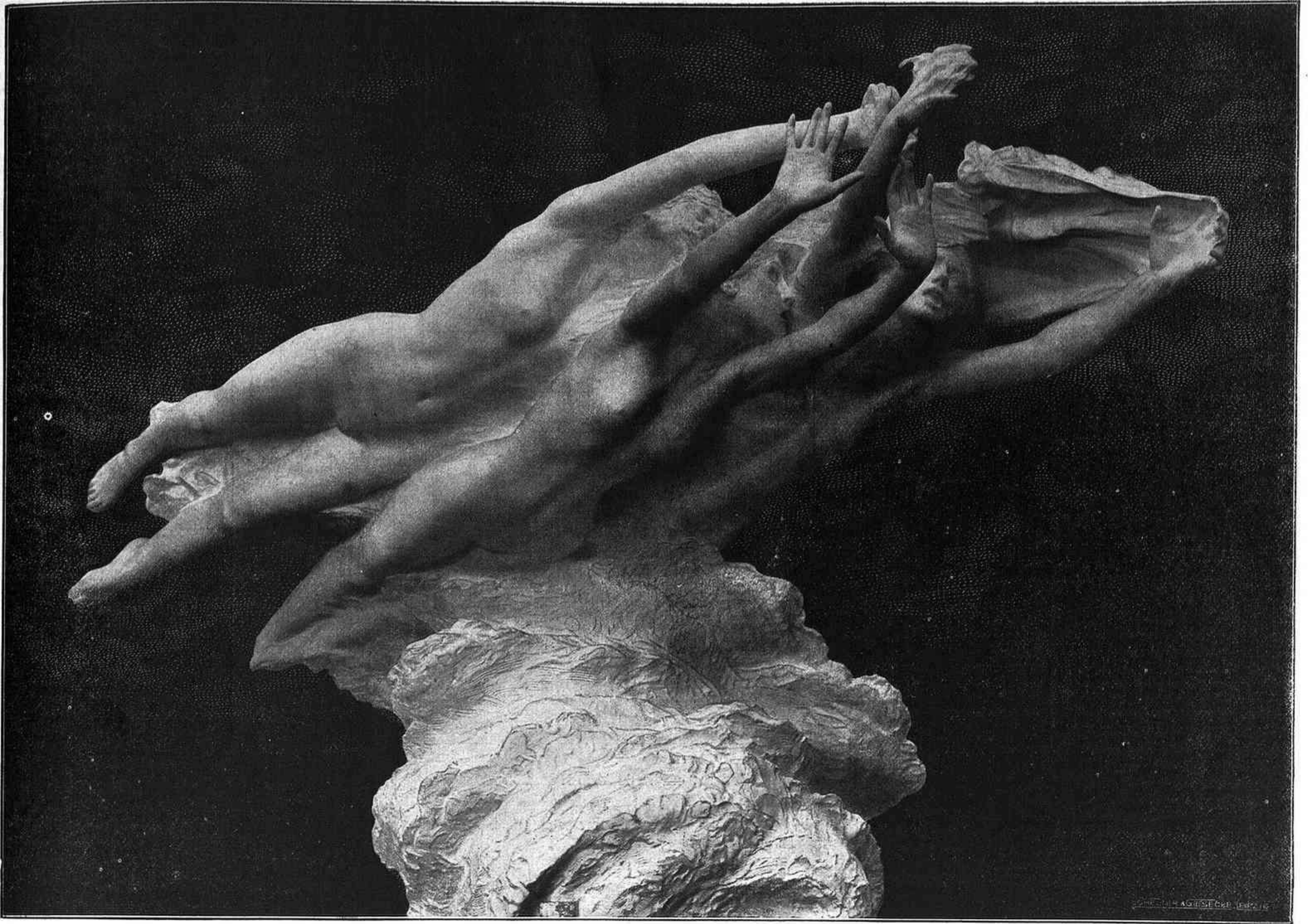


FERROCARRIL FUNICULAR DEL TIBIDABO. - Generadores de gas Dawson

clase media de Barcelona que acude á los toros busca en esta diversión algunas horas de expansión al aire libre que la sustraiga, siquiera sea momentáneamente, á las lobregueces de la tienda, á la humedad de los almacenes, á la estrechez de las habitaciones. Pues bien: acérquensele la montaña y el bosque, póngasela en contacto con la naturaleza, dénsela facilidades para que sus pulmones respiren á placer, para que sus ojos se recreen en la contemplación de la belleza verdadera, de la belleza sana, y veréis cómo acaba por huir de ese espectáculo salvaje y denigrante, tan impropioamente llamado «espectáculo nacional.» - X.



EL BARDO, cuadro de G. E. Robertson. (Exposición de la Real Academia de Londres. 1901)



NUESTRO DESTINO, grupo en yeso de Renato de Saint-Marceaux. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Dresde. 1901)



PROVOCACIÓN, cuadro de Noé Bordignon

BL
FIADN

NUESTROS GRABADOS

La siesta, cuadro de Alejo Harlamoff.—La historia de la pintura rusa, dejando a un lado el género religioso, data, por decirlo así, de ayer, y sin embargo cuenta ya con artistas universalmente reputados cuyas obras pueden ponerse al lado de las más notables del arte pictórico europeo moderno, sobre todo cuando exteriorizan sentimientos despertados por la contemplación de la naturaleza. A esta clase pertenece *La siesta*, de Harlamoff, esa nota simpática que sin apartarse de la realidad es de una poesía encantadora: nada más real que el plácido sueño de la muchacha cuya tranquila respiración nos parece percibir; nada más poético que el paisaje que sirve de fondo a esa figura tan correctamente dibujada y con tanto arte dispuesta. El tono general del lienzo, las flores esparcidas por el suelo, las combinaciones de la luz que por entre el follaje se filtra, todo se auna para producir un efecto delicioso.



LA SIESTA, cuadro de Alejo Harlamoff

Lavandera, cuadro de Leopoldo Schmutzler.

Basta contemplar, aunque sea muy superficialmente, esta obra del celebrado pintor alemán Leopoldo Schmutzler, para comprender que se trata de una impresión tomada del natural y pintada ó por lo menos apuntada *en plein air*. Es imposible que sin inspirarse directamente en la realidad derrame el artista sobre un lienzo tanta luz y llene tan perfectamente el paisaje de una atmósfera, de un ambiente tan verdaderos. Y si del paisaje pasamos al examen de la figura, veremos á poco que nos fijemos en ella que no hay modelo, por diestro que sea, por muy bien sabido que tenga su oficio, que consiga identificarse con el pensamiento del pintor hasta el punto de adoptar una actitud y una expresión como las que nos ofrece la graciosa lavandera del cuadro que nos ocupa. No hay arte, artificio ni habilidad que puedan producir un efecto como el que ha logrado Schmutzler en su bellísima composición; sólo en la naturaleza, fuente de belleza inagotable, cabe encontrar esas impresiones que el artista de talento sabe sorprender y transmitir luego al ánimo de los que admiran su obra, bien que para ello se necesita estar adornado de cualidades que no todos los que manejan el lápiz y el pincel poseen; pues si son muchos los que sienten un espectáculo bello, son pocos los que logran hacérselo sentir á los demás por medio de la combinación de líneas y colores.

Trabajo interrumpido, cuadro de José María Tamburini.

Un bonito cuadro de caballete ha expuesto José María Tamburini en el *Salón París*. Esta nueva obra, como todas las que produce este distinguido artista, lleva impreso el sello especial que caracteriza sus composiciones por la elegancia de las líneas y la delicada armonía de los colores, que las hacen siempre agradables y simpáticas, sin que su plasticismo las separe de las reglas que informan los cánones artísticos. Otra circunstancia hácelas asimismo apreciables, cual es la admirable conjunción que revelan en su autor, quien aparece pintor por la forma, poeta por el sentimiento.

Paisaje, cuadro de José Masriera (Exposición del *Círculo Artístico*).

Observador profundo, preciso en sus juicios, de clarísimo ingenio y no común ilustración, ha puesto en juego José Masriera estas cualidades en beneficio del arte á cuyo cultivo ha consagrado los mejores años de su vida. Laborioso é infatigable, ha estudiado la naturaleza en todas sus brillantes y espléndidas manifestaciones, conservando siempre el sello de nacionalidad, de regionalismo, trasladando fielmente al lienzo la tierra catalana en toda su grandiosidad y belleza. Muestra de ello es el hermoso cuadro, y más que tal, interesante estudio, que reproducimos en estas páginas, digno del buen nombre de tan meritosísimo artista.

El bardo, cuadro de G. E. Robertson.

Siendo como son varios y muy distintos los fines que ha de llenar el arte, varios y distintos han de ser, no sólo los géneros en que el mismo se divide, sino además los procedimientos que se empleen para la realización de aquéllos. Por esto nos parece censurable todo exclusivismo en materias artísticas, y por esto entendemos que en el mismo error incurrer los que, enamorados del realismo, hacen burla de todo lo que sea hijo de la imaginación, que los que, aferrados á las tradiciones, lanzan el anatema sobre quienes sacudiendo el yugo de académicos preceptos buscan la expresión artística en la reproducción de la realidad ó de una simple impresión de ésta. En punto á bellas artes, debemos admitir todo lo bueno, sea cual fuere el género á que pertenezca, con tal que despierte en nosotros, en una ó en otra forma, la emoción estética. Sugiérenos estas reflexiones el hermoso lienzo de Robertson que reproducimos y que fué con justicia unánimemente celebrado en la última exposición verificada en la Real Academia de Londres. En presencia de las innumerables bellezas que contiene, olvídense uno de todas las tendencias nuevas, de los modernismos, para admirar la armonía de la composición, la grandiosidad con que está tratado el asunto, la habilidad con que aparecen agrupadas las figuras, la expresión que en todas éstas se observa, así en la del inspirado

bardo como en las de los que le escuchan animados por diversos sentimientos, y por último el talento con que están combinados los elementos de diferentes órdenes que forman el conjunto del lienzo. Tiene éste un carácter monumental que subyuga y sobre todo que armoniza de una manera perfecta con el carácter de la escena reproducida, y esta correspondencia entre el pensamiento y los medios de exteriorizarlo es precisamente

salientes que nos ofrece la historia de la independencia de América. Nacido en Yapeyú en 1778, vino muy joven á España, en cuyo ejército sirvió durante la invasión de nuestra península por los franceses. Al estallar la revolución americana, regresó á su patria, recibiendo del gobierno argentino el encargo de organizar el ejército independiente, y al frente de las tropas por él mismo organizadas alcanzó brillantes triunfos en la Argentina y en el Alto Perú. Obligado, por falta de salud, á alejarse durante algún tiempo del teatro de la guerra, retiróse á las provincias de Cuyo, donde fué de gobernador y en donde formó el ejército de los Andes que, poco después, mandado por él, efectuó el célebre paso de aquella cordillera que, según escribe Cortés, «es una de esas audaces y gigantescas empresas que basta por sí sola para inmortalizar al jefe que la dirigió.» San Martín, después de haber logrado la independencia de Chile, ocupó Lima y proclamó la independencia del Perú, que fué jurada en 29 de julio de 1821, asumiendo el gobierno con el título de protector. Su administración fué muy liberal. Conseguida la libertad de su patria, retiróse el famoso caudillo á la vida privada, fijando su residencia en Francia, en donde murió el día 17 de agosto de 1850.

Chile y la Argentina han erigido magníficas estatuas al hombre que les dió libertad y glorias; y el Perú, á su vez, ha pagado la deuda de gratitud levantando en el Callao el monumento que nuestro grabado reproduce y cuya reciente inauguración ha sido un acto en extremo solemne.

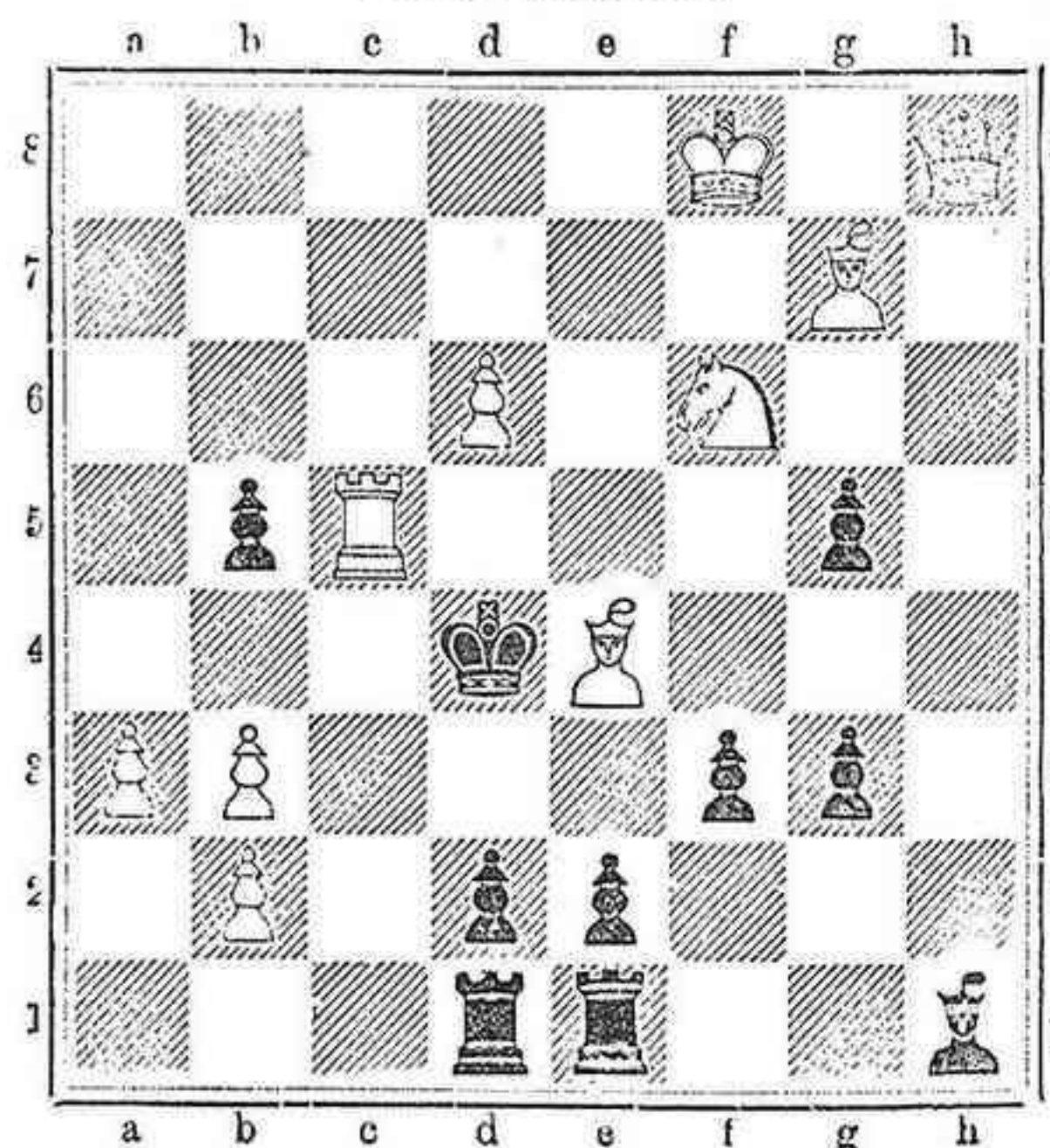
Teatros.—El día 1.º de

noviembre próximo se conmemorará en Catania el 100.º aniversario del nacimiento de Bellini con una fiesta musical, en la que se ejecutarán únicamente obras del inspirado compositor.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Remea *La sociedad del «Buen Aprecio» ó el ball de la punyalada*, gracioso sainete en un acto de J. Got y Anguera, y en el Eldorado *Los niños llorones*, zarzuela en un acto y tres cuadros de los señores Arniches, Paso y García Alvarez, música de Torregrossa, Valverde (hijo) y Barrera. En el teatro de Novedades ha celebrado la sociedad «Filarmonica» el primero de los conciertos de la presente serie con el concurso del célebre pianista Raúl Pugno: todas las piezas ejecutadas por la orquesta que con tanto acierto dirige el maestro Crickboom fueron muy aplaudidas, y las que tocó el citado concertista, entre las cuales figuraba un precioso «Concertstuck» de su composición, le valieron sendas entusiastas ovaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 257, POR A. F. MACKENZIE.
NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (10 piezas)
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 256, POR F. KOHNLEIN.

- | | |
|-----------------|----------------|
| Blancas. | Neuras. |
| 1. Ta2-a1 | 1. e5-e4 |
| 2. Tg1-g2 | 2. e4-e3 |
| 3. Rd1-e2 | 3. Cualquiera. |
| 4. Ta1-h1 mate. | |

VARIANTES

- 2..... f5-f4; 3. Ta1-a5, etc.
2..... Otra jug.ª; 3. Rd1-e2, etc.
1... f5-f4; 2. Tg1-g4, f4-f3; 3. Rd1-d2, etc.
2..... e5-e4; 3. Ta1-a5, etc.
2..... Otra jug.ª; 3. Rd1-d2, etc.
1... P toma P; 2. P toma P, Cualquiera; 3. Ta1-a2, etc.
1... Rh8-h7; 2. Tg1-g2, Cualquiera; 3. Rd1-e2 ó d2, etc.

la cualidad que más contribuye á hacer patente la bondad de toda producción artística.

Nuestro destino, grupo en yeso de Renato de Saint-Marceaux.

Uno de los problemas más difíciles de la escultura es presentar una figura en actitud de volar: lo que al pintor le resulta en extremo sencillo es para el escultor empeño irrealizable, pues ha de buscar un punto de apoyo que forzosamente ha de destruir toda ilusión, á no ser que el talento del artista sepa de tal manera justificarlo que aparezca como cosa natural, como complemento lógico de la composición, ese apéndice que las leyes físicas le obligan á modelar. El célebre artista francés Saint-Marceaux ha resuelto este problema de un modo por demás afortunado: tres ninfas completamente desnudas vuelan rápidamente por el espacio, sirviendo de base á sus cuerpos un grupo de nubes; y de tal manera están aquéllas y éstas dispuestas, que no parece que las unas se apoyan en las otras, sino que las atraviesan por virtud de la fuerza impulsiva con que cruzan el aire. Pero la obra que nos ocupa no tiene solamente este mérito técnico; reúne además el de expresar fielmente el pensamiento en que el autor se inspiró: esas tres figuras nos ofrecen en sus actitudes y sobre todo en sus rostros algo que está por encima de lo terreno; sus movimientos obedecen á una fuerza irresistible que las empuja por el camino que de antemano les ha señalado una voluntad suprema, simbolizando con ello el destino del hombre.

Renato de Saint-Marceaux, que es un maestro en toda la extensión de la palabra, cultiva el arte escultórico por pura afición; y á pesar de ello, ha merecido el honor, que no todos los profesionales alcanzan, de que el Estado adquiriera dos de sus obras: *La juventud de Dante* y *El Genio explicando el secreto de la tumba*, esta última premiada con medalla de honor en 1879.

Provocación, cuadro de Noé Bordignon.

Mucho se ha discutido y se discute todavía y probablemente se seguirá discutiendo hasta la consumación de los siglos la cuestión de si el hombre es naturalmente bueno ó por naturaleza malo. Filósofos, antropólogos y sociólogos de gran renombre sostienen, quiénes una, quiénes otra de las dos tesis, y aducen en abono de sus respectivas opiniones ejemplos y razonamientos de gran fuerza probatoria. Sin ahondar en el asunto y concretándonos á hechos que todos hemos presenciado y podemos presenciar en cualquier momento, habremos de reconocer que en el alma de la mayoría de los niños existe un fondo de malignidad (conste que no decimos de maldad) que le hace incurrir en acciones poco laudables y aun censurables á veces. El bellissimo cuadro de Bordignon, que reproduce una de tantas escenas infantiles como frecuentemente ocurren, es buena prueba de ello: tres muchachas han salido al bosque en busca de setas, y al regresar á sus casas provistas de su botín se encuentran con un amiguito que, menos afortunado ó más torpe, se vuelve con las manos ó con la cesta vacía, y en vez de darle algo del producto de su recolección, como la caridad ordena, se complacen en hacer burla de él y en provocarle enseñándole, para darle envidia, los codiciados hongos y riéndose de su desgracia. Se nos antoja, sin embargo, que la cosa no acabará en risa: la actitud y el rostro del chiquillo indican que éste tiene malas pulgas y que se va cargando, y milagro será que puesto en el disparadero no arremeta á puñadas contra las imprudentes provocadoras, y al mismo tiempo que castigue su mal proceder no haga suyo, por derecho de conquista, lo que á ellas tanto les ha costado juntar.

Inauguración del monumento erigido en el Callao á la memoria del general D. José de San Martín.—La figura de este general es una de las más



- ¡Qué hermoso es esto!, dijo, mientras su madre, apoyada en una cepa, le examinaba...

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

A pesar del inmenso deseo que tenía de que no se turbase por un solo instante la especie de arrobamiento en que quedaba sumida Mad. Montclar después de las espantosas crisis que tales recuerdos la producían, Estrella no pudo menos de hacerla algunas confidencias una tarde en que, después de comer, se paseaban juntas por el jardín, casi tan grande como un parque, cuyo extremo bañaban las aguas del Loire.

La disposición del jardín era antigua, casi centenaria. Los plantíos se hallaban colocados formando una especie de laberinto; siguiendo los tortuosos senderos se describía como una hélice, cortada por alamedas transversales que permitían salir de ella con facilidad; en el centro de aquel melancólico sitio, agradable y fresco durante los calores del mediodía, hallábase un pequeño estanque con no mucha agua y rodeado de bancos.

Aun cuando eran las ocho, no se había extinguido aún la luz solar. En aquella época del año, en que los días se prolongan más y más, el anochecer tiene el encanto penetrante que acompaña á las cosas que van acabándose; parece que se experimente cierto sentimiento, por poco que se haya vivido, al ver cuán precarias son esas horas de ambarina luz y al pensar con cuánta rapidez decrecerán luego los días.

Esta impresión, que no suele experimentar la juventud, era profunda en Mad. Montclar, quien sentada junto al estanque miraba decrecer los dorados rayos que iluminaban con luz de fuego el follaje y que iban luego retirándose hacia la cumbre de las montañas.

- Ya se aleja una vez más, exclamó, ese ardiente sol de verano, que es la mitad de la vida terrestre... El año que viene, ¿quién sabe si estaré aquí para contemplarle?

- ¡Querida tía, dijo Estrella apretándole la mano, no piense usted en cosas tan tristes! ¡No se encuentra usted en edad en que deba preocuparle eso!

- ¿Quién puede decir que vivirá mañana?, replicó melancólicamente aquella. Raimundo, en el umbral de la felicidad..., lleno de vida y de satisfacción...

- Querida tía, se lo ruego á usted...

Mad. Montclar correspondió al apretón de mano de su sobrina con otro, y se quedó pensativa durante algunos momentos, para reprimir las lágrimas que habían acudido á sus ojos. Luego, volviéndose hacia la joven, añadió:

- Háblame de ti. Te quiero mucho, pero apenas te conozco: con una novia no se adquiere intimidad; después..., después he apreciado tu sangre fría, tu tacto y la bondad de tu alma; sin embargo, te aseguro, sobrina, que puedo en verdad decir que casi no sé quién eres. Háblame de ti. ¿Has vivido con tu madre, ó conservarás cuando menos algún recuerdo de ella?

La frente de Estrella se nubló, viéndose obligada á hacer un esfuerzo para hablar.

- Recuerdo muy bien á mi madre, contestó. ¡Aquí pasé con ella el último verano de su vida. Tenía yo entonces ocho años; á esa edad pueden ya experimentarse impresiones fuertes y duraderas.

Mad. Montclar esperaba que continuase, pero la joven guardó silencio.

- ¿Y tu padre?

- No lo recuerdo. Según la fecha que he leído en su partida de defunción, tenía yo apenas dos años cuando murió, y viajaba desde hacía largo tiempo... Era un hombre, por lo que parece, de carácter inquieto y que no permanecía nunca mucho tiempo en ninguna parte. En Florencia exhaló el último suspiro hace diez y ocho años; mi madre murió seis años después.

- ¡Pobre niña!, murmuró involuntariamente madame Montclar dirigiendo una mirada afectuosa á la joven, quien seguía con la vista los pequeños movimientos del agua que había en el estanque.

- ¡Pobre niña, sí, es verdad!, prosiguió Estrella en voz baja y casi sin inflexiones, como si la contemplación de las brillantes gotitas que estaba mirando le hubiese infundido una especie de sueño magnético. No me sentía desgraciada entonces, pero ahora comprendo que lo era. Este jardín era mi dominio, en el que no se me molestaba mucho. Desde las seis de la mañana hasta muy entrada la noche corría libremente por aquí, salvo á las horas de las comidas, en que me llamaba la misma campana que sirve para avisarnos á nosotras.

- ¿Siempre sola?, preguntó Mad. Montclar. ¿Nadie se ocupaba, pues, de ti?

- No mucho. Por la mañana, á las ocho, iba á saludar á mi madre á su dormitorio; me besaba en la frente y me despedía. Al mediodía almorzábamos; á las siete de la noche comíamos juntas, pero no me hablaba casi nunca más que para preguntarme si había sido buena. Lo era siempre; no creo que nin-

guna niña haya roto ó estropeado menos objetos que yo. He de decir también que no había en ello gran mérito, pues tenía completa libertad, desde junio hasta noviembre, para hacer lo que mejor me pareciera.

- ¿Y el resto del año?

- Lo pasaba á media pensión en un convento de París, no lejos de mi casa. De aquí que esperase con ansia la llegada del verano. La vista de los primeros brotes verdes, hacía derramar á mis ojos lágrimas de júbilo; en cambio permanecía largas horas inmóvil, con el corazón oprimido y el alma acongojada, sin notar á veces que el cierzo me helaba ó que la lluvia iba calando mis vestidos, absorta en la contemplación de las hojas secas que llenaban las alamedas á fines del otoño... Con ellas se iba toda mi dicha... Cuando esto me pasaba, al volver á mi casa era objeto de una reprimenda.

- ¿De tu madre?

- No, mi madre no me reñía nunca; era Rosalía, su camarera, que me cuidaba desde muy niña.

- ¿Te manifestaba mucho afecto?

- ¿Afecto? No, no puedo explicarlo. Abrigaba por mí un singular sentimiento; seguramente, no me quería; y sin embargo, me consagraba muchos cuidados y tiempo. En el fondo, creo que me detestaba.

- ¿Por qué?

- Lo ignoro. Quizás siendo muy pequeña había sido yo traviesa; es posible, por más que nadie me lo haya dicho nunca, pues jamás se me ha hablado de mi infancia.

Mad. Montclar experimentaba profunda compasión hacia aquella pobre joven que tan pocas alegrías había disfrutado en su vida.

- ¿Y no has conocido á tu padre? ¡Pobre niña! Mad. Brunaire murió joven aún, ¿verdad?

- Creo que contaba treinta y cuatro años... Pero estaba enferma desde que nació, y dicen que había cambiado mucho. No obstante, tal como me la representa mi memoria, era todavía hermosa.

- ¿Te parecías á ella?

- No del todo. Era delgada, bajita y rubia, y tenía unas manos flacas, flacas... ¡Pobre madre mía! Cuando murió, Rosalía me llevó á verla... Su aspecto era casi el mismo que cuando estaba viva.

- Hubieran debido evitarte tal emoción... ¿A qué venía impresionarte de ese modo?, exclamó madame Montclar indignada. ¡Eso era inútil y cruel!

— ¡Como Rosalía me detestaba!.. Cuando madame de Polrey me tomó á su cargo, su primer cuidado fué preguntar á la camarera de mi madre si quería ponerse á su servicio, con objeto de cuidarme durante las vacaciones... Pero aquélla contestó tan encolerizada, que dejó verdaderamente absorta á la baronesa.

— Esa Rosalía me parece haber sido una persona muy impertinente, dijo Mad. Montclar.

— Estaba ensoberbecida. Mamá la dejaba hacer todo lo que quería, y se comprende, hallándose tan enferma, tan débil y necesitando á cada momento sus servicios... En rigor, creo que la tenía casi miedo. A veces la miraba la camarera de un modo que me producía ganas de llorar ó de acometer contra Rosalía á puñada limpia.

— ¿Era entonces una mala mujer?

— No, era sencillamente rara; pero de una honradez rígida, de conciencia escrupulosa, hasta el punto de censurarse por lo más insignificante, y desinteresada hasta la inconcebible...

— ¿Cómo has sabido esto?

— Mad. de Polrey me lo ha dicho, pues se comprende que en aquel tiempo no era yo capaz para juzgar por mí misma. De una piedad austera y cruel para ella como para todos, me hacía ir al mes de María, donde por lo regular me quedaba yo dormida, sacudiéndome aquella mujer fuertemente para despertarme. Yo, de seguro, hubiera preferido estar durmiendo en mi cama. En cambio, durante los más rudos fríos del invierno, jamás había lumbre en el dormitorio, que tenía junto al mío; y si á las cinco de la mañana abría los ojos, á la débil luz de la lamparilla podía verla en camisa y descalza, orando de rodillas sobre el suelo encerado.

— ¿Habías hablado de ella á Raimundo?, preguntó la anciana procurando recordar.

— Sí, contestó la joven con viveza y sacudiendo la extraña somnolencia que la dominaba; había referido á Raimundo mi triste infancia, le había contado... mire usted, aquí mismo, pues me ha gustado siempre mucho el sitio donde nos hallamos: como ahora, acababa el sol de desaparecer, y todo, casi de pronto, se había quedado á oscuras; yo estaba oyendo los pasos y las voces de Rosalía, que me llamaba para llevarme á acostar, y me divertía escondiéndome para ganar algunos instantes. A través de los plantíos pude observar que murmuraba, me acerqué á un seto espeso y oí: «¡Mal haya la noche y el día!.. ¡Malditos sean la madre, la hija y el padre!..» Tuve miedo y corrí hacia ella para impedir que continuase. Me cogió rudamente por un brazo y se me llevó consigo. ¡Cuánto trabajo me costó dormirme aquella noche!

— ¡Estaba loca!, dijo Mad. Montclar levantándose. ¿Y qué se ha hecho?

— Creo que regresó al fondo de la Bretaña, su país, donde habrá ingresado en alguna comunidad religiosa, pues este era su ideal.

Al volver la esquina de una alameda de aquel obscuro laberinto, el ruido de los pasos de las dos mujeres hizo volar un ave nocturna, que lanzó un grito lastimero. Ambas experimentaron un estremecimiento. Mad. Montclar se apoyó en el brazo de Estrella, diciendo:

— Me has hecho medrosa con tu historia. Lo que me admira es que no lo seas tú.

— ¡Oh!, respondió la joven, lo he sido, y tanto, que no pudiendo más, he dejado de serlo. Se habituaba una á vivir constantemente con fantasmas, y Rosalía debía ser un espectro cuando menos.

X

Muchos se figuran que cuando se comete una mala acción, no se tarda en ceder al irresistible deseo de efectuar algo particularmente agradable. Sin que pretendamos sostener que tal cosa no ocurre, podría asegurarse que buen número de las acciones malas ó simplemente censurables que todos los días se cometen sobre la superficie del globo, van acompañadas de los más graves disgustos, de penosísimas luchas por parte de sus autores, quienes se ven precisados á continuar en un camino que tomaron sin darse exactamente cuenta de lo que hacían.

En el primer momento en que Bolvín aconsejó á Teodoro Benoist que se guardase el sobre, al joven le pareció la cosa más natural del mundo observar al pie de la letra tal conducta, puesto que entre los amigos con que contaba de Beaurand, él era el único que había tenido empeño en averiguar las causas probables del suicidio, y en cuanto á la familia, estaba representada únicamente por la viuda y madame Montclar, pues los escasos varones que quedaban permanecían tan indiferentes y retraídos como era posible, dentro del buen parecer. Mad. Montclar no

se hallaba en condiciones para proseguir ó empezar de nuevo por su cuenta las averiguaciones, y en cuanto á Mad. de Beaurand...

Este era el punto flaco de la argumentación del joven. Mad. de Beaurand hubiera debido ser la primera, no sólo en aconsejar, sino en exigir que continuasen las pesquisas; pero Benoist no se sentía inclinado á confiar esta tarea á aquella señora.

No estaba dispuesto á ello y lo quería al mismo tiempo; se sentía ansioso de que la joven le encargase de continuar el interrumpido trabajo, lo deseaba... ¿Por quién? ¿Por él? No tenía necesidad de estímulos para aportar á aquella empresa todo el celo preciso, mucho más teniendo en cuenta el afán de saber que tanto influía en su carácter. Entonces, ¿por quién?, ¿por ella?

¡Pues bien, sí, por ella! ¿No estaba, como esposa, en el deber de removerlo todo para averiguar qué mano imprudente ó criminal la había dejado viuda el mismo día de su boda? ¡Y no decía nada!, y ¡no se informaba! Mad. Montclar había escrito dos ó tres veces preguntando si se sabía algo; Estrella no había dado señales de vida. La cuestión, no obstante, era muy delicada.

Delicada, en efecto, porque no obediendo aquella información á ningún fin claramente planteado, por más que el suicidio de Raimundo no era objeto de duda para nadie, tenía que ser oficiosa, y únicamente podían enterarse los que tenían interés en conocer las causas morales de un acto tan desesperado. ¿Por qué Estrella no preguntaba? ¿Quién mejor debía desear conocer la verdad?

Estas razones y otras muchas, no con tanta precisión deducidas, habían hecho que Teodoro Benoist se resolviese á guardarse el sobre. Pero no transcurrieron cuarenta y ocho horas que lo llevaba en el bolsillo, cuando se arrepentía ya seriamente de no haberlo entregado á quien en justicia debía poseer aquel documento: la misma Mad. Estrella de Beaurand.

La mañana del tercer día después del que lo recibió, estaba dispuesto á entregarlo inmediatamente, es decir, apenas llegase la hora en que pudiese ser recibido por la dama.

«No quiero oír hablar más de esto, se dijo con firmeza. Realmente no sé por qué me he preocupado tanto de un asunto que en nada me atañe. Madame de Beaurand se casó con mi camarada; éste se ha suicidado el día de la boda: es sensible. Como amigo me ha causado el suceso honda pena. Pero ¿cómo diantre voy á interesarme por esa señora, á quien casi no he visto y que ha sido además para conmigo poco atenta y apenas cortés? ¿Qué antipatía puedo sentir hacia una mujer con quien no tengo ninguna relación? ¿Con qué objeto entonces obraría como si tuviera el deseo de molestarla? ¡No sé dónde he tenido la cabeza! Acabemos, y ha de ser hoy mismo.»

Esto era expresarse cuerdamente, como hubiera podido hacerlo la misma Pallas-Atenea; pero aquella mañana recibió Benoist por el correo una carta en que Mad. Montclar se dolía de que hubiese transcurrido tanto tiempo sin recibir su visita, y le anunciaba á la vez su partida para Saumeray, donde pasaría todo el verano, invitándole para que la visitase, si tenía algo que comunicarle ó sencillamente si deseaba verla.

La lectura de este billete produjo en Benoist cierta cólera. Como hacen todos los que no han podido decidirse á tiempo, acusó al destino de haberse puesto en contra suya y le dirigió vivísimos apóstrofes.

Apostrofar al destino cuando se está encolerizado, es muy útil, porque desahoga los nervios; pero por lo demás, es más bien perder tiempo que otra cosa, como lo reconoció al cabo de una hora el mismo Benoist. ¡Si era suya la culpa! ¿Por qué no había ido á la calle de Lille el día en que Bolvín le entregó el depósito? En lugar de dirigirse directamente al hotel, se fué á pasear como un tonto por los muelles, hasta que no supo dónde estaba. Un solo recurso tenía aún: colocar los papeles en un pliego certificado y expedirlo inmediatamente á Saumeray.

Sí, pero Mad. Montclar no tenía noticia de que existiera tal sobre y Estrella tampoco; su más elemental deber era advertirles de la importancia que aquel documento encerraba, ¿y cómo hacerlo por carta? ¿Cómo explicar el silencio que acerca de aquel punto había guardado hasta entonces?

Estas reflexiones hicieron que reconociese ser muy difícil convertirse de improviso en juez de instrucción y que se arrepintiera de haber tratado de serlo. El único partido, pues, que podía adoptar, era guardarse el sobre y los demás papeles hasta que viese á Mad. Montclar y á Estrella. Después de todo, un aplazamiento no haría variar las cosas del modo en

que se hallaban, y durante ese plazo... ¿quién sabe? ¡Quizás se encontrara una pista!

Tranquilizado Benoist, almorzó, fué á dar un paseo, y hacia las cuatro de la tarde, sintiendo imperiosa necesidad de refrescar su ánimo, pensó en ir á abrazar á su madre.

Era ésta una señora bastante original. Hija de un rico viticultor de Anjou, contrajo matrimonio con un hombre del mismo oficio que su padre, pero sin fortuna, pues su familia había quedado arruinada á consecuencia del *oidium*, en una época en que la desgracia no había inventado aún el más moderno perfeccionamiento denominado *floxera*. Aquella mujer había experimentado gozo y honra en aportar su fortuna al joven laborioso y arruinado, de quien sabía que era inteligente y emprendedor... y al que además amaba, argumento este el más poderoso de todos.

Los jóvenes esposos habían sido los únicos en la región donde habitaban que se habían atrevido á sacrificar cosechas dudosas, por poner en práctica procedimientos enérgicos que les dieron excelentes resultados.

«¡Diantre! Es preciso contar con capital para poder esperar,» habían dicho sus vecinos.

El éxito había sido sorprendente; en pocos años la fortuna de los Benoist triplicó. Tenían un solo hijo, y «éste, dijo el padre, será militar.»

En efecto, Teodoro hizo brillantes exámenes y salió de la Escuela de Saint-Cyr, junto con Raimundo, al que le ligaba estrechísima amistad. El hijo del general y el del viticultor se parecían en muchas cosas, pero se diferenciaban en otras, pudiendo decirse que les hizo intimar más la oposición de sus respectivos caracteres.

Muerto el padre de Benoist, su viuda tomó á su cargo todos los cuidados de la explotación agrícola, que siguió marchando bien. Teodoro, después de muchos años de servicio, se alejó del regimiento, donde le pusieron la nota de ser un buen oficial, sin vocación extraordinaria, y se puso á estudiar científicamente la viticultura, con objeto de ponerse en condiciones de poder combatir al nuevo enemigo de las viñas que acababa de descubrirse. Por esta razón pasaba los inviernos en París, sin ir á Vouvray más que cuando su madre le necesitaba.

El día á que venimos refiriéndonos, aun cuando no tenía muy plausibles motivos para ir á aquel punto, sentíase deseoso de ver un sereno semblante, de encontrar una mirada franca, y aunque parezca raro en un hombre de treinta y dos años, educado con bastante rudeza, experimentaba extraordinario afán de ser abrazado, mimado, como en los tiempos de su infancia cuando había recibido una pedrada de algún compañero ó una puñada de otro. En estos casos suelen regresar á casa bien limpios y enjutos, guardándose muy bien los pequeñuelos de referir á sus padres lo ocurrido; pero la madre no tarda en ver acercarse á su delantal ó á su pecho, según sea la estatura del muchacho, una cabecita mimosa que se apoya y se restrega.

— ¿Te han hecho daño, hijito mío?, pregunta aquélla enternecida.

— No, mamá, pero abrázame como si me lo hubieran hecho.

Benoist, observando que si no perdía el tiempo podía llegar á Vouvray al anochecer, hizo en pocos momentos su maleta, y poco rato después se ponía en camino con dirección á Orleans.

Cuando se apeó del tren era completamente de noche, pudiendo apenas su vista distinguir á la débil claridad de algunas estrellas que se divisaban en la inmensidad del firmamento de color obscuro aterciopelado, un camino que á tientas no le hubiera sido difícil adivinar y por el que llegó al término de su viaje, sin que hubiese tropezado una sola vez en aquel suelo pedregoso.

Con una llave que á prevención tenía para sus viajes nocturnos, abrió una puertecilla practicada en el muro y penetró en el patio. El corpulento perro guardián le había reconocido, pues se dirigió hacia él aullando, dando saltos y moviendo la cola con vehemencia extraordinaria, como muestra de extrema satisfacción.

— ¡Hola, Sr. Pólux!, dijo Benoist. ¡Sí, soy yo; soy el amor!

La velluda cabeza se irguió para recibir una caricia, retirándose luego el buen guardián, produciendo gran ruido de cadenas, hasta tenderse de nuevo en su garita. Una luz brilló detrás de unas celosías, sobre la puerta de la casa, no tardando en abrirse una ventana, por la que asomó una cabeza pequeña, cubierta con una cofia blanquísima, monacalmente encasquetada hasta cubrir del todo los cabellos y que se destacaba perfectamente entre la claridad que reinaba en la habitación.

—¿Eres tú, Teodoro?, dijo aquella mujer con la misma naturalidad que si se hubiesen separado la víspera.

—Sí, mamá; no bajas, ya subo. Tengo las llaves. No necesito luz.

—Bueno, contestó Mad. Benoist cerrando otra vez la ventana.

Pocos momentos después se encontraban juntos en el descansillo superior de una alta y empinada escalera, cuyos tramos, contruidos con robustos tabloncillos de encina labrados, habían visto subir por ellos tantas generaciones de viticultores.

—Buenas noches, mamá, dijo Teodoro abrazando a su madre.

—Buenas noches, hijo mío, contestó aquella dándole un beso.

Como era muy pequeña, Mad. Benoist para poder abrazar a su hijo le tiraba de las solapas del paletó, con objeto de que aquél se encorvase todo lo necesario.

—¿Qué ocurrencia ha sido esa de venir?, dijo madame Benoist con ternura, cuando Teodoro estuvo sentado en su habitación en una silla de anea y junto a una mesa redonda de nogal, frente a la que ardían dos bujías que aquella había hecho colocar en unos candelabros antiguos de plata, colocados sobre la chimenea. ¿Estás enfermo?

—No, mamá, contestó Teodoro, sin saber cómo explicar su visita.

Su madre le dirigió una mirada franca, llena al mismo tiempo de ternura y de esa perspicacia propia de las gentes del campo.

—¿No estás enfermo y marchan bien los negocios? Entonces, ¿sera que te sientes mal, hijito mío?

—No, mamá, respondió el joven pasando su brazo alrededor de la cintura de su madre; pero abrázame lo mismo que si eso ocurriera.

XI

La viña estaba plantada en un ardiente ribazo, sobre el que las torcidas cepas extendían sus pequeños y robustos brazos cubiertos de hojas, y de cuya corteza gris salían, a cierta distancia unos de otros, retoños blanquecinos y vellosos. En la parte baja del barranco, las casas, los jardines, las hileras de álamos, como soldados en revista, formaban al Loire un seto de honor.

El arrogante río corría rápido, como si allá a lo lejos, hacia Occidente, tuviese que cumplir sin dilación ineludibles deberes; el viento oeste rizaba sus aguas levantando brillantes ondas, y a intervalos, en grupos de cuatro ó cinco, grandes velas más altas que las casas de las orillas remontaban la corriente, hinchadas en forma de arco de círculo: el negro casco de la barca marinera surcaba las aguas con un ruido semejante al de una cascada, mientras el timonel, apoyado en el brazo del gobernalle, examinaba con la vista la revuelta del río que tenía más próxima.

Las aguas alcanzaban mucho nivel en aquella época del año; los árboles, de un verde tierno y de follaje ligero aún, proyectaban sobre la dorada orilla una sombra débil y transparente.

Teodoro, que recorría las viñas con su madre, no pudo menos de detenerse para admirar aquel encantador paisaje, cuyos atractivos le parecían completamente nuevos, por más que lo hubiese visto millares de veces y a todas las horas del día.

—¡Qué hermoso es esto!, dijo, mientras su madre, apoyada en una cepa, le examinaba con la atención del médico que pulsa a un enfermo.

La anciana se volvió, y haciendo de sus manos pantalla para sus ojos, a los que no molestaban mucho ciertamente los rayos solares, recorrió con la vista el río y sus márgenes, respondiendo:

—Sí, es hermoso. Este es un magnífico país.

Después de pronunciar estas palabras, continuó su paseo por los viñedos.

No eran éstos como los demás; para ella venían a ser un hijo salvado a costa de encarnizada lucha. Mad. Benoist se consideraba madre de su viña y tan orgullosa de ella como lo está la de un hijo tierno y delicado a quien amenaza un mal hereditario y que por añadidura se halla expuesto a todos los accidentes comunes; de aquí que hablase poco de ella y siempre con grandes reservas, como se suele hacer de la dicha cuando no se tiene la seguridad de que sea duradera. Algunos años antes, Teodoro la había dicho una vez en broma que estaba celoso de la viña, contestándole la anciana:

—¡Diantre! Me ha dado muchos más dolores de cabeza que tú.

Las anchas bridas de finísima tela que sujetaban su cofia, encasquetada hasta la frente, encerraban una fisonomía bondadosa y de rasgos regulares y

unos ojos castaños vivos y brillantes, hallándose su piel imperceptiblemente arrugada por la acción del sol y de las lluvias. Mad. Benoist no había usado nunca otra cosa que aquella cofia de campesina, salvo los domingos, en que para ir a misa se ponía un traje negro y un sombrero de encajes del mismo color. Era una labradora que deseaba serlo siempre, por más que cuando llegaba el caso tuviese los modales y el corazón de una gran dama.

Benoist la miraba, agitado por singular indecisión, vacilando entre volverse aquel mismo día, puesto que había visto ya a su madre, ó quedarse en los Pressoirs hasta que sus ideas hubiesen tomado otros rumbos. No hallándose satisfecho de sí mismo, se le hacía la existencia difícil y llena de pequeñas molestias; pero el puro aire de aquel país, ¿dispararía su preocupación?

Mad. Benoist se irguió haciendo un esfuerzo, como suele ocurrir a las personas que acostumbra a permanecer largo rato encorvadas, exclamando:

—Si el buen Dios, el sol y la lluvia no se oponen, la cosecha no será mala, pues hay en las cepas muchos botones.

La anciana paseó una mirada satisfecha por el ribazo, sobre cuya rojiza tierra no se veía una sola hierba dañina; contempló unos instantes el hermoso y templado pedazo de Turena que ante ella se extendía, y por fin miró a su hija, pero con cierta prudencia, como el pájaro que antes de posarse en el nido revolotea a su alrededor.

—Y para ti, hijito mío, dijo sonriendo, ¿promete también ser bueno el año?

—Mamá, contestó Benoist decidiéndose de pronto, estoy pesoso; he tenido un disgusto; uno de mis amigos ha sido víctima de una muerte villana, malvada, y eso me ha quitado el sosiego. Necesitaba verte para que mi ánimo recobrase la calma.

—Has hecho bien en venir, repuso la anciana continuando su marcha a través de la viña. Los Pressoirs valen seguramente más que París. Pero ¿por qué dices que tu amigo ha sido víctima de una muerte malvada? ¿Le ha herido algún malhechor?

—No, mamá, se ha matado.

—Entonces, ¿te refieres a tu amigo Raimundo de Beurand?, dijo la campesina con discreto envanecimiento.

Aquella mujer era y continuaba siendo del pueblo, pero las amistades aristocráticas de su hijo halagaban esa fibra secreta de las gentes del campo cuyas vibraciones son tan fuertes ante la idea de tener relaciones de igualdad con la nobleza.

—¿Lo sabías?, preguntó Teodoro sorprendido.

—Se leen aquí los periódicos, respondió madame Benoist tranquilamente, aunque con cierta ironía. Desde que te lanzaste al gran mundo, leo el *Figaro*. ¿Acaso no es conveniente que yo sepa algo acerca de las personas con quienes tiene relaciones mi hijo?

Benoist dirigió a su madre una mirada afectuosa.

Durante esta conversación, se habían internado en un sendero herboso que conducía a la casa a través del jardín, cuidado como el de un párroco, en el que las flores rústicas, plantadas en los bordes de los tableros, parecían pretender ocultar el centro de los mismos, sembrado de legumbres; era aquel, en una palabra, un jardín oloroso y encantador, lleno de alhucema y de romero, como los que se describen en algunos de los antiguos cantos franceses.

—Según veo, prosiguió Teodoro, tienes noticia, mamá, del triste fin de mi pobre amigo.

—Sí, y comprendo, hijo mío, que te haya apesadumbrado; pero...

La anciana no continuó; sin embargo, sus ojos decían con harta claridad:

«Pero en tu semblante se ve la huella de un tormento más grave que el que puede causar la muerte, aun cuando sea trágica, de un amigo.

—Mira, mamá, han ocurrido cosas... muy raras y que hacen pensar...

Mad. Benoist hizo un brusco movimiento como si fuera a detenerse, continuando luego su marcha, pero escuchando con atención a su hijo.

—¿Por qué se ha suicidado tu amigo? ¿Alguna tontería de joven, que le habrá parecido luego censurable?

—¡Oh! ¿Puedes creer eso? ¡Beurand era la personificación del honor!

—Entonces habrá sido cuestión de alguna mujer...

—No sé..., contestó Teodoro con aire pensativo. Cuestión de una mujer..., sí..., eso ha sido probablemente.

—¿No lo sabes?

—No sé nada.

—¿Y no sospechas?

El joven, que parecía estar dudando, se decidió de pronto.

—Voy a decírtelo todo, mamá. Tienes una inte-

ligencia bastante clara y un criterio lo suficiente recto para que de nadie mejor pueda aconsejarme.

En pocas palabras, Teodoro refirió a su madre la catástrofe, las averiguaciones que después se hicieron y su última visita al procurador de la República, terminando por darle cuenta del paquete de cartas pertenecientes al difunto, que tenía en su poder.

—¿Has guardado esos papeles? ¿Y el sobre? ¿Por qué no los has entregado a la viuda?

Teodoro miró a su madre, perplejo y sin responder una palabra.

—La viuda es la única que tiene derecho a poseer todo eso. Es preciso enviárselo en seguida.

Puesto verdaderamente en un apuro, el joven contestó que atendidas las particulares circunstancias que en el hecho habían concurrido, no había hablado aún nunca del sobre a Mad. de Beurand.

—Pero, hijo mío, ella era la primera que debía tener conocimiento de él. ¿Hay algo más sagrado que una viuda?... Teodoro, me causa gran extrañeza que no lo hayas comprendido así.

—Mamá, contestó Benoist con viveza, es que no es una viuda como tú.

—¿Quieres decir acaso que es una mujer indigna?

—¡No, joh!, no!; pero... ¡no amaba a Raimundo como tú has amado a mi padre!

—No importa, hijo... Nadie sabe lo que siente el corazón de una esposa cuando ve muerto al hombre a quien ha jurado seguir, respetar y amar hasta la tumba... ¡Es preciso ser mujer para comprenderlo!

Teodoro bajó la cabeza enternecido, pero sin que hubiera llegado a convencerse.

—¿Sabes tú, por ventura, lo que habrá pensado y lo que habrá sufrido esa mujer? ¿No comprendes que si amaba a su esposo siquiera un poco, ha debido sufrir un rudo golpe, y si no le amaba se habrá censurado duramente?..

—¿Por qué?, interrumpió con viveza Benoist.

—Por no haberle amado lo bastante para preservarle con su amor del mal que los demás podían hacerle, respondió la anciana con una gravedad casi solemne. ¡Créeme! Esa mujer es muy digna de compasión.

Teodoro no respondió. Su madre, sin que él lo notase, le estaba observando.

Entretanto habían llegado a la casa blanca, limpia y venerable, antigua sin ser vetusta, grande sin ostentación, que venía a constituir el verdadero tipo del hogar solariego de una familia siempre honrada.

—¿No me crees?, dijo Mad. Benoist. ¿Detestas, pues, mucho a esa mujer?

—No..., contestó el joven haciendo un esfuerzo por hablar; pero no puedo alejar de mí la idea de que ha tenido alguna intervención en esa desgracia.

La campesina se irguió, colocando su mano sobre el hombro de su hijo. Este era alto, aquella bajita; su diestra, a pesar del trabajo y de los años, parecía diminuta sobre el paletó de tela oscura del joven; pero todo ello no impedía que aquella anciana conservase sobre él una autoridad extraordinaria.

—No acuses jamás a una criatura de Dios, sin sólido fundamento. No pienses nunca mal de una mujer, sin estar seguro de que lo merece; y si esa mujer es sola, si no tiene padre, madre ni marido que la defiendan, sé todavía más prudente, pues la injusticia constituiría un verdadero crimen, cuyas consecuencias no es posible imaginar hasta qué punto tendría que sufrir la desgraciada.

Teodoro tomó la mano de la que le aconsejaba y la besó, penetrando juntos en la gran sala cuadrada, donde estaba servido y humeando el café con leche, en una vajilla de barro oscuro barnizado, como los que se empleaban en los buenos tiempos antiguos. Estaban solos. Mad. Benoist sirvió a su hijo, presentándole luego una cesta llena de bollitos dorados que le gustaban mucho y que se hacían expresamente en la casa cuando Teodoro iba a ella.

—¿Es hermosa esa mujer?, preguntó la anciana.

—Hermosísima.

—¿Amable?

—Dicen que sí.

—¿Se muestra muy fría contigo?

—Creo que me detesta.

Mad. Benoist guardó silencio, permaneciendo algunos instantes mirando a su hijo. De pronto se encontraron sus ojos; los de Teodoro expresaban una angustia tan dolorosa é irremediable, que la anciana se sintió conmovida hasta lo más profundo de su alma, y levantándose, se acercó al joven rodeándole el cuello con sus brazos.

—¡Ah, pobre hijo mío!, dijo en voz baja y con acento emocionado. ¿Amas a esa mujer?

—Sí, contestó Teodoro en el mismo tono; la amo y no puedo alejar de mi mente la idea de que es culpable.

(Continuará)

EL PUERTO DE MONTEVIDEO

El día 18 de julio último verificóse en la capital de la República Oriental del Uruguay el solemne acto de colocar la primera piedra del nuevo puerto, esa obra magna ha tantos años concebida, durante tanto tiempo aplazada y al fin llevada á cabo con gran contentamiento de cuantos se interesan por la prosperidad de Montevideo y de todo el pueblo uruguayo.

En 1833 fué presentado al primer gobierno constitucional del brigadier general D. Fructuoso Rivera el primer proyecto de obras de abrigo y dragado en el puerto de Montevideo, proyecto del cual era autor el ingeniero D. Carlos Pellegrini, padre del que más tarde había de ser presidente de la República Argentina, y cuyo presupuesto ascendía á 60.907 pesos, cantidad que por sí sola indica la escasa importancia que debían tener tales obras.

Desde entonces, sin embargo, el pueblo y los gobiernos uruguayos no dejaron ni un momento de preocuparse de dotar á Montevideo de un puerto digno de aquella capital, y durante muchos años la nación ha caminado hacia ese ideal, que al fin se ha convertido en realidad. En efecto, el Cuerpo Legislativo en 7 de noviembre de 1899 aprobó el proyecto definitivo, redactado por el ingeniero D. Adolfo Guerard; y cum-

EL MAYOR HOTEL DEL MUNDO

Con ocasión de la exposición que actualmente se está celebrando en Búfalo (Estados Unidos), una Sociedad norteamericana ha construido en aquella ciudad un hotel que lleva el nombre de Hotel Statler y que puede ser considerado, sin temor de equivocarse, como el mayor de cuantos en el mundo existen.



El ingeniero D. CARLOS PELLEGRINI, autor del primer proyecto del puerto de Montevideo en el año 1833



El ingeniero D. ADOLFO GUERARD, autor del proyecto definitivo del puerto de Montevideo

Dos cifras bastarán para dar idea de las dimensiones de este vasto edificio: su fachada tiene una longitud de 200 metros y la superficie que cubre el hotel es de nueve acres cuadrados, equivalentes á 36.416 metros cuadrados, ó sean tres hectáreas y media. Afortunadamente el terreno en aquella ciudad no es caro.

Según parece, cuando se inauguró recientemente el hotel, presentóse inmediatamente un viajero á fin de ser el primero en estrenarlo: era un tal Mr. Wilson, representante en Nueva York de una compañía manufacturera de Boston. Durante el primer día, tuvo este pasajero completamente á su disposición á todo el numeroso personal de la casa, que forma un conjunto de 2.000 empleados, y comió solo en aquel inmenso comedor destinado á contener 5.000 huéspedes.

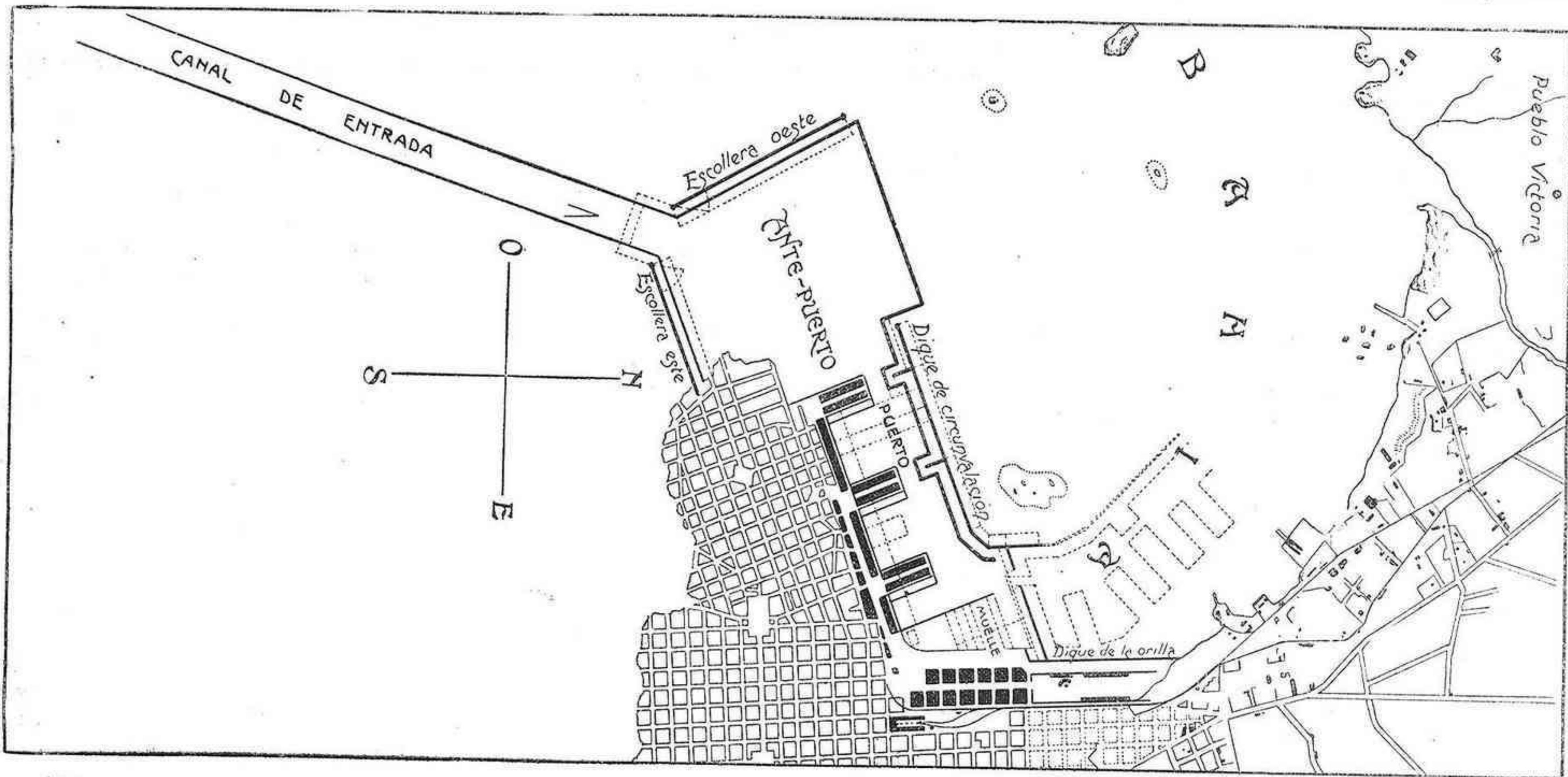
Mr. Wilson ha referido en un diario de Nueva York sus impresiones, y su divertido relato termina con la siguiente anécdota: «Salí del hotel Statler — dice — á la mañana siguiente, y al pagar mi cuenta manifesté al director que no estaba satisfecho del servicio: el personal, poco al corriente todavía, no había sabido, á pesar de ser tan numeroso, desempeñar su cometido, y en medio de las divergentes atenciones de que era objeto, me vi á veces obligado á servirme yo mismo.»

Con lo cual queda perfectamente demostrado que lo mismo en Búfalo, que aquí, que en todas partes, puede resultar cierto el expresivo refrán español «siete al saco y el saco en tierra.»

**

CÁMARA FOTOGRAFICA MONSTRUO

Los norteamericanos han sido siempre aficionados



CROQUIS DEL PUERTO DE MONTEVIDEO CUYA PRIMERA PIEDRA HA SIDO RECIENTEMENTE COLOCADA

pliendo lo que dicha ley ordenaba, se anunció el concurso, al que concurrieron cinco propuestas, entre las cuales fué preferida la formulada por la casa francesa de los Sres. Allard, Coiseau, Convreux, Dollfus, Duparchy y Wiriot, habiéndose firmado en 18 de enero de este año el contrato, que fué aprobado en 25 del propio mes por el Senado y la Cámara de Representantes, reunidos en Asamblea General.

Mucho han contribuido á este resultado los esfuerzos del actual presidente de la República don Juan Lindolfo Cuestas, quien persuadido de la necesidad de esa grande obra, necesidad que veía demostrada por el aumento del comercio y el desarrollo de la producción del Uruguay y por la gran pérdida mercantil que al país hacían sufrir los puertos artificiales vecinos, no tuvo desde que subió al poder un pensamiento más dominante que la realización del puerto. Y gracias á su excelente administración pudo ir reuniendo en las arcas de la República una cantidad importante en oro, millón y medio de pesos, destinada á los comienzos de la empresa, habiendo sido quizá esta circunstancia la que más facilitó la presentación de las propuestas en el concurso.

El importe total de las obras está presupuestado en doce millones de pesos oro.

La casa francesa que se ha encargado de la construcción del puerto de Montevideo ha construido los de Leixoes, Sussa, Bilbao y Sfax. — X.

Si el edificio ocupa una gran superficie, en cambio no tiene gran altura, puesto que no consta más que de planta baja y un primer piso.

En el centro de la fachada está la puerta monumental, flanqueada por dos altas torres que contienen observatorios. El resto de la arquitectura, que consiste en largas líneas horizontales, sería sumamente monótono si no fuese por las muchas banderas que ondean á lo largo de la techumbre y que dan animación y vida al conjunto.

El primer piso está reservado al alojamiento de los viajeros con todas las comodidades posibles: sala de baños, de duchas, peluquería, etc. En la planta baja están los salones de lectura, de conversación, fumadores, bars, sala de billares, telégrafo, teléfono, correo, etc.

Pero lo más notable de este hotel, el *clou*, como ahora se dice, es el comedor, inmensa pieza en donde pueden disponerse 5.000 cubiertos con toda comodidad y desembarazo.

Todo el servicio se hace desde los sótanos, en donde están instaladas las cocinas, por medio de ligeros ascensores que suben todo lo necesario y bajan todo lo que ya no se necesita.

En ese establecimiento todo es colosal; se ha calculado, por ejemplo, que los corredores puestos en fila uno después de otro cubrirían una longitud de más tres millas, lo que equivale á cinco kilómetros y medio.

á lo grandioso en todos los géneros, bien á manera de reclamo, bien sencillamente con el propósito de humillar á los pueblos del antiguo mundo. A estas dos ideas han obedecido indudablemente al construir la cámara fotográfica monstruo que reproduce el grabado de la siguiente página, y gracias á la cual pudieron sacarse fotografías gigantescas destinadas á llamar la atención universal en la Exposición de París de 1900.

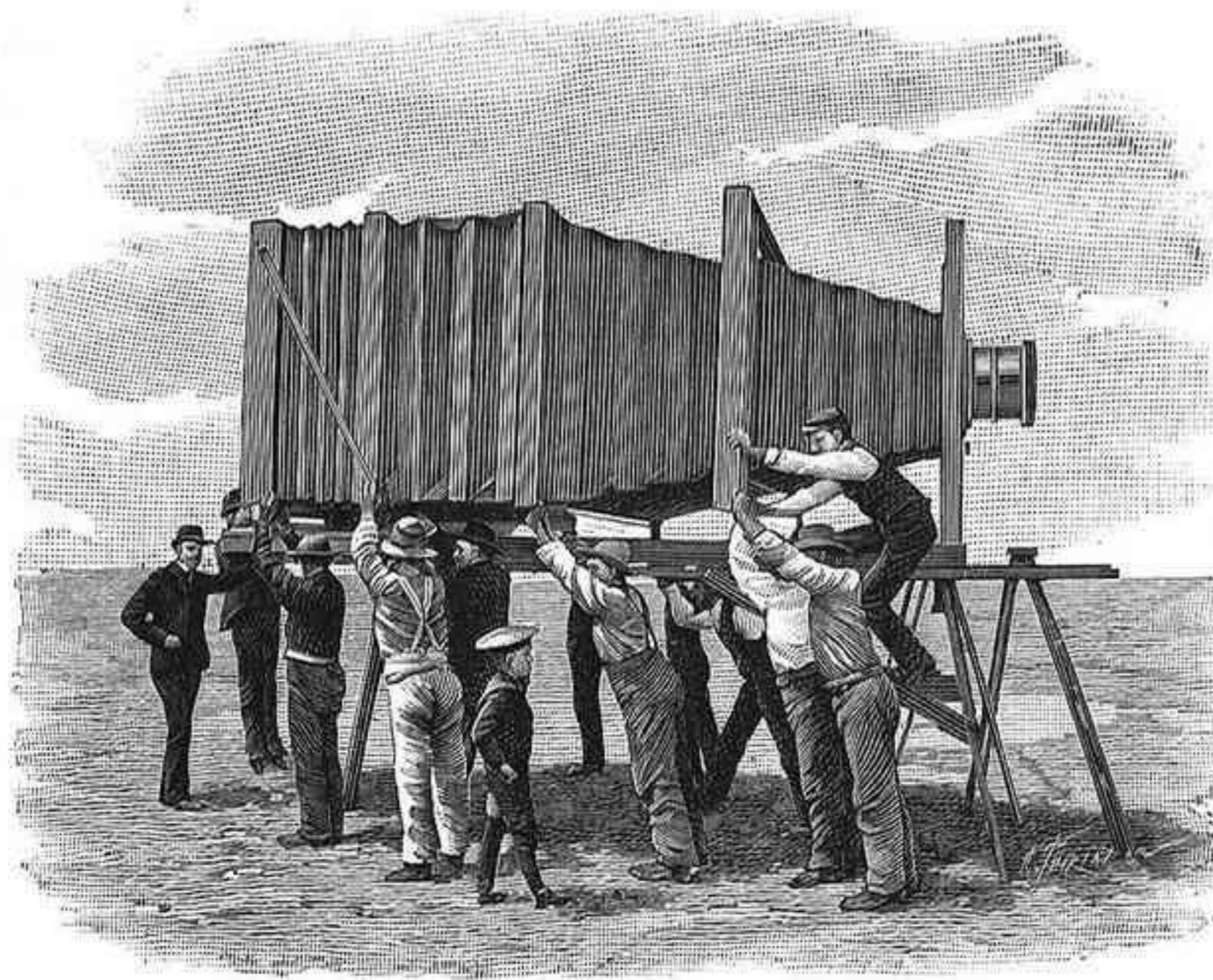
A fines de 1899 la casa Pullmann terminaba dos trenes de lujo que en punto á comodidades y riqueza superaban á todo cuanto hasta entonces había salido de aquellos famosos talleres, y no pudiendo enviarlos á la Exposición, la dirección de la compañía constructora quiso que por lo menos figurase en ésta una reproducción gigantesca susceptible de dar idea perfecta de la instalación de los referidos trenes, y para obtener este resultado dió carta blanca al fotógrafo de la casa Mr. Lawrence, el cual puso en seguida manos á la obra.

Al cabo de dos meses y medio quedaba construido el aparato fotográfico deseado, que podía dar un negativo de 2'44 metros por 3'04. Casi todo él es de madera de cerezo, y sus correderas se componen de cuatro verdaderos tablones de 0'5 por 0'15 metros de escuadría y de una longitud de seis metros para permitir el desarrollo completo de la cámara; desarrollo que naturalmente no puede obtenerse

sino por medio de varios hombres que empujan los marcos y los fuelles monstruosos de este aparato. Estos fuelles están formados de una sólida envoltura exterior de caucho, forrada interiormente de una fuerte tela negra, que á su vez cubre otro tejido negro y opaco. Como se comprenderá, estos fuelles han exigido el empleo de varias piezas de tejidos diversos, y para pegarlas unas á otras, así como para fijarlas en los marcos de seis milímetros de espesor que las sostienen, se han empleado más de 120 litros de cola de caucho.

A fin de evitar toda deformación permanente y sobre todo cualquier rotura producida por el propio peso de la cámara, ha sido distribuida, como se ve en el grabado, en cuatro secciones separadas por medio de unos gruesos marcos que se deslizan sobre una vía de acero que llevan las correderas.

El marco fijo que sirve para colocar la placa en la parte posterior del aparato, va provisto de una cortina, para la cual se ha necesitado una superficie enorme de planchitas de fresno de unos nueve milímetros, que han sido cubiertas, por supuesto, con tres tejidos opacos: esta cortina está montada sobre un eje de roce de bolitas á fin de que pueda ser levantada ó bajada



CÁMARA FOTOGRAFICA MONSTRUO

sin grandes dificultades. Además, y siempre para facilitar los movimientos, las correderas sobre las cuales se mueve esta cortina van provistas de discos, también de roce de bolitas. En cuanto al objetivo

propiamente dicho, compónese de lentes Zeiss de dimensiones enormes: una es un gran ángulo de 1'67 metros de longitud de foco, al paso que la otra es telescópica rectilínea con foco de tres metros.

Esta cámara enorme pesa sola 480 kilogramos y con el marco cargado con la placa 635: á nadie, pues, sorprenderá que digamos que para manejarla, ó para sacar una fotografía, se necesitan 15 hombres. Las fotografías que se han obtenido con una exposición de dos minutos y medio en una placa isocromática Cramor han dado excelentes resultados.

Terminaremos con un detalle que no deja de tener su importancia desde el punto de vista de la limpieza de los clisés. Para que pueda limpiarse la placa, si ésta se ha empolvado por haber sido transportada lejos, se ha practicado en la parte anterior del aparato una puerta que permite al operador penetrar en la cámara, y cuando dicha puerta ha vuelto á cerrarse cuidadosamente y se ha tapado el objetivo y levantado la cortina del marco, el operador puede limpiar perfectamente la placa, saliendo luego de la cámara después de haber adoptado todas las precauciones necesarias.

P. DE MERIEL.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Disenterias*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Sefne.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856

Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS

DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
en las principales farmacias.

Frasco 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó **Leche Candès**

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

GADES St G. B. St-Denis, 16

PILDORAS DEFRESNE

A LA **PANCREATINA**

Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.

DIGESTIVO } el más poderoso
} el más completo

Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos.

La PANCREATINA DEFRESNE proviene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestion.

POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

en BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe de Digital de **LABELONYE**

contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias**, **Toses nerviosas**; **Bronquitis**, **Asma**, etc.

Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la **Anemia**, **Clorosis**, **Empobrecimiento de la Sangre**, **Debilidad**, etc.

G **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

Medalla de Oro de la Sad de Fia de Paris

LABELONYE y Cia, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE, DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO ERIGIDO EN EL CALLAO (PERÚ) Á LA MEMORIA DEL GENERAL D. JOSÉ DE SAN MARTÍN

(de fotografía remitida por nuestro corresponsal D. J. Boix Ferrer)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPETE ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO Á LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS DRES
JORET HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^{to}-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especieiones : J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO : 12 REALES.
 Entrar en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS MOUSSETTE
 Neuralgias,
 Jaqueca,
 Ciática.

GLIN y COMAR - PARIS
 En todas las Farmacias.
 650

HARINA lacteada NESTLÉ
 Proveedor de la Real Casa
 26 Diplomas de Honor.
 31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS
 Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pidase en todas las Droguerias y Farmacias. Para pedidos dirigirse á MIGUEL RUIZ BARRETO Jerez de la Frontera.

CREME DE LA MECQUE DUSSE MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
 Da al cutis la blancura nacarada del marfil. 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
 Se vende en las principales Perfumerias, Barberias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN